

**Un yogurín surfista
envuelto para regalo,
por favor**



una historia de
SANDRA BROA

**Un yogurín surfista
envuelto para regalo,
por favor**



Una historia de
SANDRA BROA

Primera edición: septiembre de 2018
© 2018, Sandra Broa
© de las ilustraciones: Sandra Broa
Diseño y maquetación: Sandra Broa

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

- **Presentación**

- Parte 1 – Buscando un pollazo
- Parte 2 – La noche de Sandra
- Parte 3 – La noche de Rosa
- Parte 4 – La noche de Pedrito
- Parte 5 – La noche de Oli
- Parte 6 – La noche de Alberto
- Parte 7 – La noche de Jose
- Parte 8 – La noche de Raquel
- Parte 9 – La noche de Adri
- Parte 10 – “Yogurín surfista” returns
- Parte 11 – La noche del yogurín surfista
- Sobre la autora

Presentación

En el verano de 2015, mis amigos y yo nos fuimos de vacaciones una semana a la playa. En aquel entonces todavía no había llegado el baby boom a mi pandilla y solamente había una pareja que tenía una niña de tres años. Los demás todavía no se habían decidido a tener descendencia a pesar de llevar mil años emparejados (a excepción de mi hermana y de mí que éramos las únicas solteras del grupo), por lo que las vacaciones se presentaban como una semana de relax llena de planes tranquilos y familiares. Y la verdad es que sí que lo fueron, a excepción de una noche, en la que vivimos la historia más absurda que hemos protagonizado jamás... y eso que la mitad de nosotros ni siquiera llegamos a salir de casa. La idea de irnos la pandilla entera de vacaciones ese verano había estado presente en el grupo de Whatsapp que compartíamos todos aproximadamente desde el mes de febrero, aunque nos pasaba lo típico que siempre pasa en los grupos en los que hay más de cuatro personas juntas, que es que todo el mundo dice que sí pero nadie concreta nada. Al final fue Oli la que, allá por junio, dijo que teníamos que decidir ya mismo el sitio y las fechas en las que pensáramos ir, porque si no iba a ser imposible encontrar un sitio en el que cupiéramos los ocho que formábamos el grupo. Y tenía razón, porque, aunque desde el momento en el que lo dijo, no tardamos ni una sola mañana en que eligiéramos como destino un pueblo al lado de Tarifa y decidiéramos que las fechas ideales para irnos eran las de la semana del 14 al 21 de agosto, ya no fuimos capaces de encontrar ningún alojamiento que estuviera libre para esas fechas y nos encajara bien, ya que lo que necesitábamos era una casa con cuatro dormitorios, en los que repartirnos las cuatro parejas que éramos por aquel entonces, formadas por:

Al final fue Oli la que, allá por junio, dijo que teníamos que decidir ya mismo el sitio y las fechas en las que pensáramos ir, porque si no iba a ser imposible encontrar un sitio en el que cupiéramos los ocho que formábamos el grupo. Y tenía razón, porque, aunque desde el momento en el que lo dijo, no tardamos ni una sola mañana en que eligiéramos como destino un pueblo al lado de Tarifa y decidiéramos que las fechas ideales para irnos eran las de la semana del 14 al 21 de agosto, ya no fuimos capaces de encontrar ningún alojamiento que estuviera libre para esas fechas y nos encajara bien, ya que lo que necesitábamos era una casa con cuatro dormitorios, en los que repartirnos las cuatro parejas que éramos por aquel entonces, formadas por:

—**Jose y Rosa**, con su **niña pequeña**. Y sí, pongo Jose sin tilde en la é porque nadie jamás pronunciamos su nombre acentuado en la última sílaba, por lo que no tiene ningún sentido ponerlo.



- **Oli y Pedrito:**



—Alberto y Raquel:



—Mi hermana Adri y yo (Sandra):



Ante la imposibilidad de encontrar una casa con cuatro habitaciones, nos empezamos a plantear que quizá tendríamos que dispersarnos y coger alojamientos diferentes, lo cual no nos hacía ninguna gracia, porque, aunque es verdad que no nos importaba dormir en diferentes sitios (total, dormir solo es dormir), el estar separados ya implica que no podríamos desayunar todos juntos, que cuando te vas a casa de los otros ya no tienes tus cosas tan a mano, que te da más pereza quedarte de tertulia después de cenar porque luego te tienes que mover para irte hasta el sitio donde duermes... Y si al final el propósito de las vacaciones era estar todos juntos, lo íbamos a conseguir solo a medias.

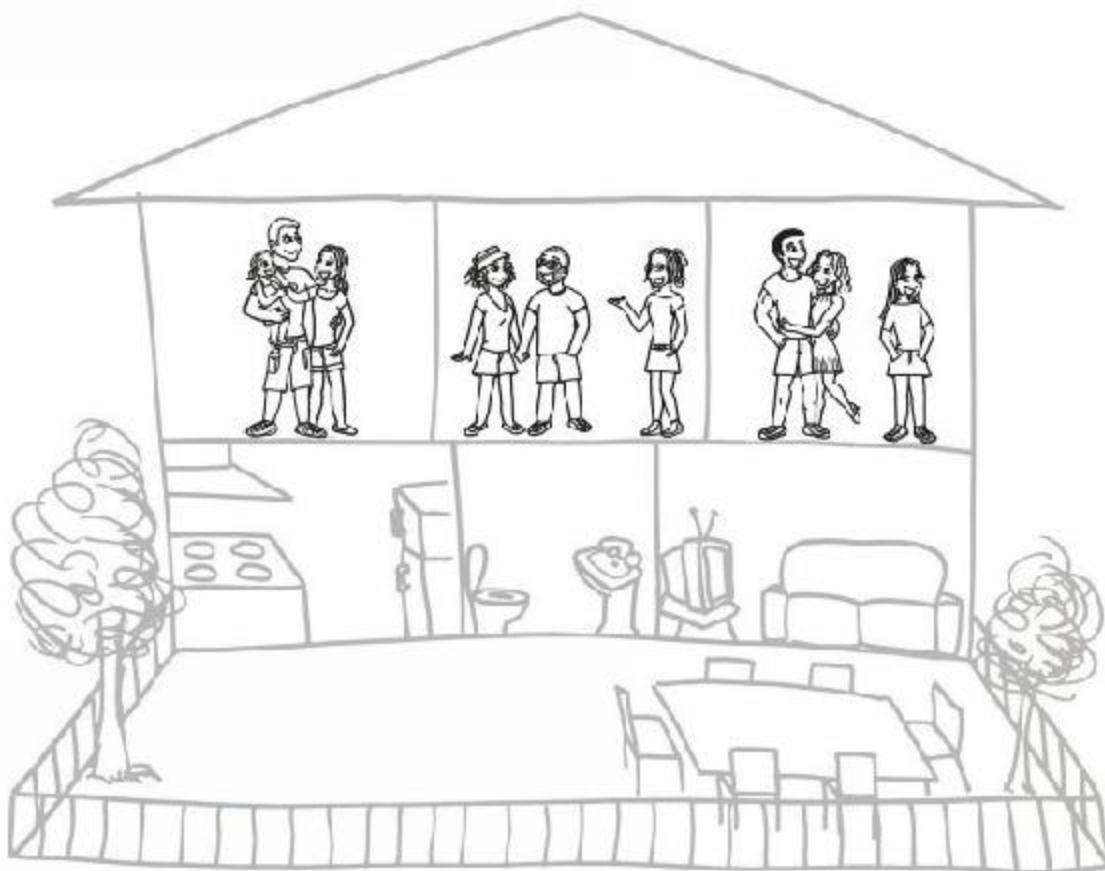
Por eso, cuando Oli encontró una casa que tenía tres habitaciones (una de ellas con cama de matrimonio y las otras dos con literas) en la cabíamos todos, nos pareció fenomenal.

Está claro que no era lo ideal, porque tendríamos que compartirlas, pero al menos podríamos estar todos juntos. Además, la casa tenía un patio bastante grande en el que la niña podía corretear y jugar tranquilamente sin peligro, mientras nosotros estábamos tumbados en las hamacas tomando el sol, de palique sentados todos alrededor de la mesa (en la que también podíamos comer todos juntos puesto que era muy amplia), etc. Así que la cogimos sin dudar.

Teníamos claro que la única habitación de matrimonio que había, la íbamos a dejar para Rosa, Jose y la niña... y que seríamos el resto los que nos

repartiríamos entre los cuartos que tenían las literas. Y como mi hermana y yo éramos las que íbamos por libre, cada una de nosotras se unió a una de las otras dos parejas que quedaban para completar el reparto de habitaciones, que al final quedaron de la siguiente manera:

- En la habitación principal: Jose, Rosa y la niña.
- En una de las habitaciones con literas: Oli, Pedrito y Adri.
- En la otra habitación con literas: Raquel, Alberto y yo.



En ese momento nunca habríamos pensado que ese reparto de habitaciones podría llegar a complicar un poco los planes el día de mi cumpleaños (que daba la casualidad de que coincidía con el último día que íbamos a estar allí de vacaciones), sobre todo a la hora de darme mi regalo-sorpresa, que improvisaron esa misma noche... Pero esto, casi mejor lo voy a contar desde el principio.

Parte 1

Buscando un pollazo

Las vacaciones empezaron muy tranquilas, porque teniendo una niña pequeña no podíamos hacer grandes excesos y, a pesar de que éramos muchos y podíamos dividirnos para hacer diferentes planes y actividades, nos adaptábamos todos al horario de la cría y estábamos casi todo el tiempo juntos, a excepción de algún rato en el que las chicas nos íbamos a dar un largo paseo por la playa, o algún día en el que Adri y yo nos íbamos a dar una vuelta por el pueblo más cercano para ver si encontrábamos algo chulo que comprar en los puestos hippies que ponen en la playa.

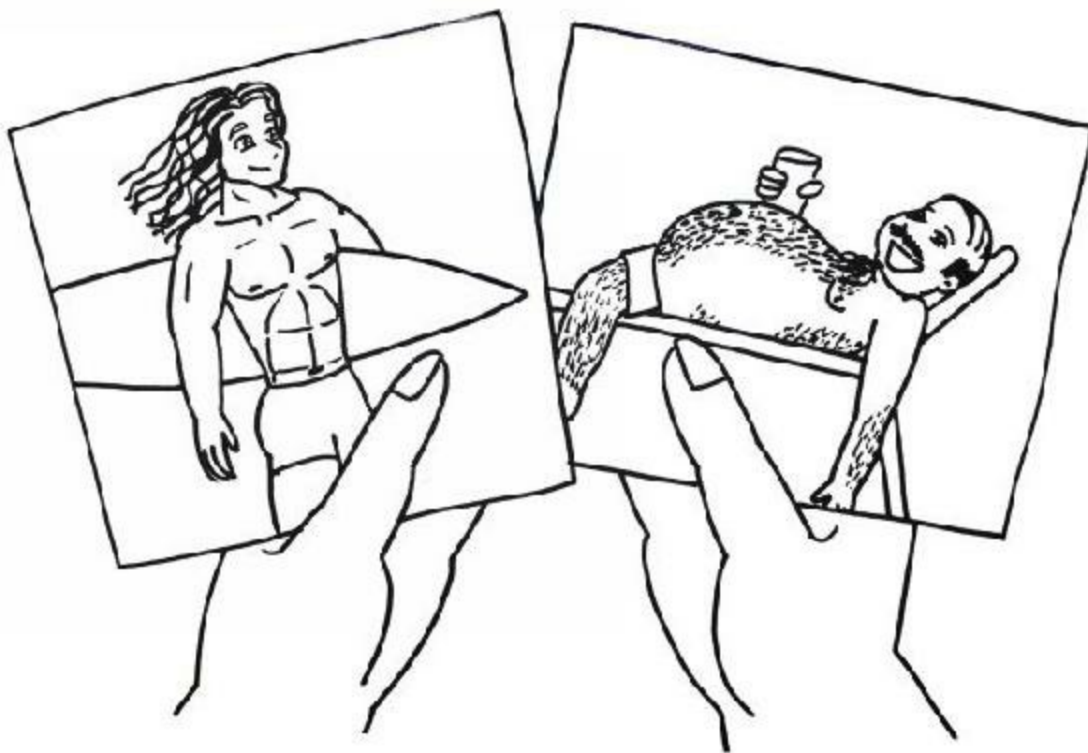
A pesar de que mi hermana y yo podíamos irnos por nuestra cuenta, y si no lo hacíamos era porque no nos daba la gana... se daba continuamente un fenómeno que vengo observando que se produce cada vez que se juntan padres (o parejas estables de larga duración) con solteros... y es que los padres se sienten súper culpables si los solteros no están continuamente de fiesta, porque dan por hecho que de no estar con ellos sí que lo harían. Así que, las tres parejas, se pasaban todo el día intentando animarnos a Adri y a mí a que saliéramos de fiesta aunque fuese sin ellos... cuando en realidad a nosotras (que podemos salir cualquier día del año si queremos) lo que nos apetecía precisamente era pasar unas vacaciones en plan “relax”.

También es verdad que aunque hubiéramos querido salir de juerga lo habríamos tenido un poco complicado, porque el sitio no invitaba mucho a la fiesta ya que nuestra casa estaba en una zona de turismo familiar... y saltaba a la vista nada más pisar la playa porque estaba todo lleno de puretas con neveras llenas de bocadillos y cervezas heladas.

La verdad es que el primer día nos sorprendió bastante que la playa tuviera una media de edad tan alta y un ambiente taaaan familiar, ya que en principio era una zona en la que se podía hacer surf, por lo que yo había ido con la esperanza de poder ver/atacar a algún yogurín-surfista-pibón de estos que cuando salen del agua parece que están protagonizando algún anuncio de colonias... pero en toda la semana que estuvimos allí no vi nada parecido.

Para empezar porque la media de edad de los “señores” que había por la zona era prácticamente el doble de la de los tíos que me suelen gustar a mí (que soy de naturaleza bastante asaltacunil), y la masa corporal que ostentaban también era el doble de la que me parece adecuada para que se me puedan poner encima sin riesgo de fracturarme tres costillas.

Vamos, que si hubiera podido hacer una foto de los tíos que tenía yo en mente y otra de los que tenía alrededor ni siquiera parecería que son ejemplares de la misma especie.



Ya empezaba a pensar que era un problema mío de súper-exquisitez o algo parecido, hasta que a los dos días de estar allí mi hermana comentó que le parecía muy raro que en esa playa solamente hubiera familias y gente mayor.

Ella, a pesar de estar soltera, no iba con las mismas intenciones de ligar que yo, porque estaba tonteando con un chico que acababa de conocer y no tenía ojos para más. Pero aún así no pudo evitar fijarse en que el ambiente de la playa fuera tan poco juvenil.

En toda la semana solo vimos a dos tíos más o menos decentes... y los dos estaban con sus respectivas novias. Así que, antes de que lleváramos allí ni una tercera parte de las vacaciones, desistí completamente de la operación “que me pongan mirando para barlovento”. Y la verdad es que no lo entiendo porque Tarifa estaba al lado y recuerdo que mi amiga Patri, una vez que fue a veranear a la misma zona, decía que había visto a los mayores pibones de su vida. Pero hubiera el ambiente que hubiera en las playas de Tarifa, lo que estaba claro es que a la playa en la que estábamos nosotros, solo iba gente viejuna... y bastante decrepita, por añadidura.

Pensando que quizá la concentración de pibones estaba solo y

exclusivamente centralizada en las zonas de surf y que en los alrededores solo quedaban los “restos”, un día mi hermana y yo nos acercamos hasta Tarifa, pero nada. No sabemos si era porque no hacía un buen día de olas o qué, pero desde luego que si por allí había tíos buenos se debían haber quedado en su casa, porque volvimos a casa con el mismo recuento de pibones avistados que antes de haber ido.

Las vacaciones estaban siendo tranquilas, pero a pesar de eso yo me lo estaba pasando bien... aunque es verdad que el cuerpo me empezaba a pedir hacer algo que fuera un poco más divertido, lo que pasa es que, al no haber chicos con los que tontear en la playa (ni nada que se le pareciera), me sentía un poco limitada.

Como yo me conformo con poco y tengo tendencia a que me haga ilusión cualquier chorrada, un día volviendo para casa vi un cartel que ponía:



¡¡¡Me encantó!!! Y ya que estaba claro que me iba a volver a casa sin haber catado a ningún surfista-pibón (bueno... o a un pibón a secas, aunque no fuera surfista ni nada), recalculé rápidamente mis objetivos vacacionales y decidí que no me podía volver a casa sin ir al asador de pollos y decirle al tío “*dame un pollazo*” o “*quiero que me des un buen pollazo*”... eso ya, según se terciara.

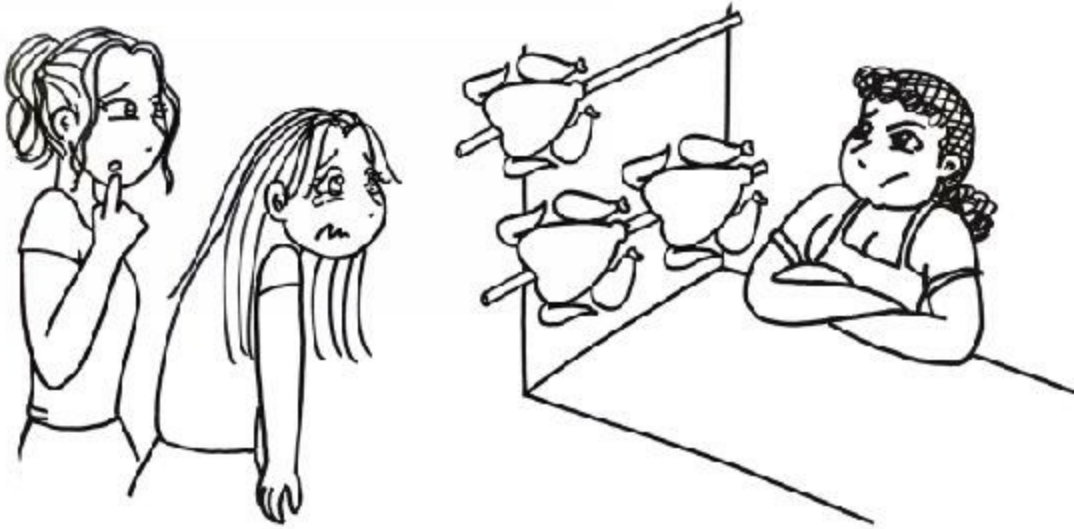
Durante los dos siguientes días les insistí mucho a mis amigos en ir a

comprar un par de pollos asados para comer, pero como teníamos que terminar antes la compra que ya estaba hecha, no se me terminaba de lograr nunca lo de ir a por un “pollazo”. Además, ninguno quería ir conmigo porque decían que les daba vergüenza ajena acompañarme solamente para que le pudiera decir a un tío que necesitaba un par de pollazos... cosa que yo no entendía muy bien, la verdad, porque si alguien le pone ese nombre a un negocio ya debería saber a lo que atenerse porque es una provocación en toda regla y tampoco creo que fuese a ser yo la primera a la que se le hubiera ocurrido la idea de hacer semejante comentario (me parece a mí). Pero, sea como fuere, no conseguí convencerlos en todas las vacaciones de ir a buscar mi ansiado “pollazo”.

Como el último día que estábamos de vacaciones coincidía con mi cumpleaños, teníamos previsto ir a comer fuera para celebrarlo, así que los días antes fuimos agotando las reservas y la penúltima noche (o sea, justo la noche anterior a mi cumple) ya casi no teníamos nada para hacer la cena, así que mi hermana dijo: *“Pues vamos a pedir un par de pollos asados para cenar todos y así Sandra deja de dar el coñazo ya de una vez”*, a lo que yo respondí emocionada *“¡¡¡YUHUUUUUUU!!! ¡¡¡Por fin voy a poder pedir que me den un buen pollazo!!! Adri, ¿me acompaña y así me grabas un vídeo o me haces una foto del momento en que lo pida?”*. Y mi hermana (que me quiere mucho pero ya está harta de hacer el ridículo en todas partes por mi culpa), respondió: *“Yo te acompaño, pero me niego a hacerte fotos ni vídeos ni nada”*.

Como menos da una piedra, acepté y allá que fuimos. Yo feliz y emocionada todo el camino imaginándome qué respuesta me daría el dependiente cuando le pidiera que me diera un buen pollazo... pero cual no sería mi decepción cuando al llegar al puesto en el que los vendían, estaba atendiendo la barra ¡¡¡UNA SEÑORA!!!

Casi se me cae una lagrimilla al ver como se desmoronaba el único plan que me había hecho ilusión hacer en todas las vacaciones y que no fuera solo pasar cuatro horas seguida tirada en la arena.



—Auuuuuu, ¿y ahora qué hacemos, Adri? Siendo una mujer no tiene ningún sentido decirle que necesitamos un par de pollazos, joooo —dije reprimiendo casi una lagrimica.

—Jolín, pues no sé. Podemos ir a buscar otro asador de pollos... que yo juraría que he visto más. Malo será que todos los atiendan tías.

—¡¡¡Pero si no se llaman “EL POLLAZO” no tiene sentido pedirles que nos den un pollazo!!!

—Ya... eso es verdad.

—Jooooooooo, ¡qué mierda! Lo único que quería hacer estas vacaciones y no se me ha logrado. ¡¡¡Auuuuu!!!

—Bueno, anda. No te pongas tan melodramática, que mañana seguro que se te ocurre otra cosa que quieras hacer y de esto ya ni te acuerdas. Vamos a comprar un par de pollos para cenar y luego, cuando estemos todos juntos, pensamos otra cosa que te pueda hacer ilusión... que seguro que, entre todos, algo se nos ocurre.

Cuando nos tocó el turno, pedimos (sin ninguna floritura) dos pollos asados, y nos volvimos para casa.

Al entrar en el patio, estaba todo a oscuras y me pareció súper raro, porque ni siquiera se veía luz dentro de la casa. Así que miré a mi hermana y le dije: *“¿Y estos, dónde coño se han metido? ¿Crees que habrán salido para comprar bebidas o ensaladas o algo? Porque es raro que no estén aquí fuera. Aunque, ahora que lo pienso, también es muy raro que se hayan ido con la niña a estas horas a ninguna parte”*.

Cuando de repente, se encendió la luz y aparecieron todos vestidos de indios gritando *“¡¡¡SORPRESAAAAAAAAAAAA!!!”*, y se pusieron a cantarme el

cumpleaños feliz.

—¡¡¡Pero si mi cumpleaños es mañana!!! —le dije sorprendida a mi hermana.

—Ya... pero como mañana ya vamos a estar preparando para irnos y no vamos a poder hacer nada especial, pues te lo hacemos hoy.

—¡Y además así es más sorpresa, porque no te lo esperabas! —respondió Raquel.

—Ven aquí, Sandra, que te pongo tu disfraz y te pinto la cara en lo que los demás preparan la mesa —dijo Oli.

—¿Pero yo también tengo disfraz?

—¡Claro! ¡Tú tienes el de gran jefe indio! — y lo dijo mientras sacaba un colgante, una pipa de fumar de mentira y un penacho de plumas enorme para ponérmelo en la cabeza.

—Jajajaja, ¿pero cuando habéis comprado todo esto?

—Esta tarde, cuando volvíamos de la playa. En una tienda de chinos que había de camino. ¡Mira! Si hasta hemos puesto cadenas para decorar el jardín y todo.



—¡Hala! Es verdad. No me había fijado...

—De hecho, la idea de que fueras a buscar los pollos con Adri la habíamos acordado ya entre todos para que, mientras estuvierais las dos fuera,

nos diera tiempo a preparar todas las cosas.

Cuando Oli terminó de pintarme la cara y colocarme el penacho de plumas, nos sentamos todos a cenar los pollos asados... y tengo que reconocer que con lo inesperado de la sorpresa, ya me había olvidado casi por completo (y recalco lo de “casi”) el disgusto de haberme quedado con las ganas de pedir que me dieran dos pollazos.

La cena transcurrió sin ningún incidente reseñable y cuando terminamos, como ya era un poco tarde, Rosa se fue a acostar a la niña. Nos dijo que como ella también estaba muy cansada y el plan para pasar el resto de la velada tenía pinta de ser quedarnos de palique a la fresca hasta que nos entrara el sueño, prefería quedarse ya durmiendo para no estar demasiado cansada al día siguiente cuando se despertara la niña. Así que le dimos todos las buenas noches y subieron las dos a dormir (Rosa y la peque) despidiéndose alegremente del resto.

Raquel y mi hermana, que no tenían que acostar a ningún niño pequeño pero normalmente a las once de la noche ya están sopa, aguantaron un poco más que Rosa... pero sobre las doce y media decidieron retirarse también porque ya estaban más tiempo con los ojos cerrados que abiertos. Y, en el momento en el que nos quedamos solamente Jose, Alberto, Oli, Pedrito y yo, alguien decidió que era el momento perfecto de aparcar las cervezas y darnos directamente a los cubatas... así que sacamos la artillería para seguir bebiendo tranquilamente repanchingados en las hamacas que había en el jardín.

Cuando nos estábamos poniendo la primera copa, reapareció mi hermana (ya en camión y una cara que estaba a medio camino entre el sueño y la mala leche) que bajaba a buscar los tapones para los oídos... porque decía que entre las risas y las voces que estábamos pegando, no se podía dormir.

Como bajó con poca paciencia y los tenía guardados en la bolsa de playa (que había dejado en el salón)... volcó directamente todo el contenido en la mesita de centro para encontrarlos más rápido, desperdigando por la superficie todo lo que había dentro: las cremas de protección solar, un zapatito de la niña pequeña que se le había caído cuando volvíamos de la playa para casa, mi primer libro [“No sé si tirarme al tren... o al maquinista”](#) (que se lo había llevado para leerlo en vacaciones) y por último, los tapones para los oídos.



Agarró los tapones, se los puso, y con las mismas, volvió a desaparecer.

Según fue pasando la noche a mí me empezó a dar bastante envidia pensar que Rosa, Raquel y Adri estuvieran ya en la cama tan a gusto desde hacía un buen rato, porque si por mí fuera me hubiera ido a dormir a la vez que ellas... pero me parecía un poco mal retirarme a la cama y dejar allí al resto después de que se hubieran tomado tantas molestias preparando la fiesta, cuando se suponía que precisamente lo que estábamos haciendo era celebrar mi cumpleaños. Así que hice acopio de fuerzas y me dispuse a aguantar estoicamente todo el tiempo que quisieran quedarse los demás.

Estábamos de palique mientras íbamos bebiendo un cubata tras otro... pero, según iba pasando el tiempo, iba decayendo el ambiente, la conversación, y hasta las posturas en las sillas, que cada vez eran menos verticales y más repanchingadas.



Llegó un momento (sobre las tres y media de la mañana) en el que ya estábamos todos medio dormidos, y Jose dijo (en lo que me pareció un alarde de cordura): “*Bueno chicos, pues creo que ya va siendo hora de retirarse y de recoger todo esto...*” a lo que yo pensé “*¡¡¡Por fiiin!!!*”, y después añadió “*... e irnos de fiesta por ahí*”.

—¿Cómooooooo? —dije completamente sorprendida—. Lo dirás de coña, ¿no?

—No. ¡¡¡Es tu cumpleaños!!! Habrá que salir por ahí de fiesta. Ya que no has podido salir de juerga ningún otro día por nuestra culpa, porque somos unos muermos, ¡qué menos que salir hoy!

—¡¡¡Pero si son las tres y media de la mañana!!! ¿Dónde pensáis ir ya a estas horas?

—Yo que sé. Pues echamos a andar y por donde veamos que hay gente, nos apuntamos.

—Yo no salgo ni de broma —dije completamente aterrorizada por la posibilidad de prolongar lo que para mí ya estaba siendo una agonía desde hacía como mínimo un par de horas.

—¿¿Pero cómo no vas a salir?? —Dijo Pedrito—. ¡¡Si es tu regalo de cumple!!

—¡Claro! —Dijo Oli—. No podemos consentir que vuelvas de las

vacaciones sin haber conseguido que te den un “pollazo”, ya sea una clase o de otra... Así que habrá que salir a buscar un yogurín o un surfista para que te lo tires, digo yo.

—O mejor todavía: ¡¡¡un yogurín surfista!!! —dijo Pedrito—. Que lo mismo no hace falta renunciar a nada, ¡cuidao!

—Sí, claro —les contesté yo todavía sin salir de mi estupor por lo ridículo que me parecía que quisieran salir de fiesta a esas horas para buscar a un desconocido con el que yo pudiera ligar, después de llevar dos horas completamente amodorrados—. No hemos visto ningún tío decente en toda la semana, lo vamos a encontrar justo hoy, prffff. Yo me voy a la dormir pero ya, que ya llevo un buen rato que me caigo de sueño y vosotros ya estáis delirando.

—¿Pero lo dices en serio? —dijo Alberto—. ¿No quieres salir?

—¡Por supuesto que no! Si es que lo que no me cabe en la cabeza es que queráis salir vosotros. ¿Acaso se os ha olvidado que no hay ni un solo bar en dos kilómetros a la redonda?

—Hummmm. Pero está el chiringuito de la playa —dijo Pedrito—. Igual allí hay algo.

—Igual sí, pero igual no. Si llegáis allí y no hay nada, ¿cuál es el plan B? ¿Ir andando dos kilómetros hasta el pueblo en busca de algún bar que todavía esté abierto, para que lo cierren dentro de una hora? Yo es que alucino, vamos. Conmigo no contéis ni de coña. Vosotros haced lo que os de la gana pero yo me voy a la cama, ¡pero ya! —y dándome media vuelta me dispuse a entrar en la casa, dejándolos a ellos todavía en el patio, decidiendo lo que hacer.

—¿Y qué hacemos si encontramos un yogurín surfista? —me gritó Oli justo antes de que empezara a subir las escaleras para subir a mi habitación— ¿¿¿Te llamamos y te vienes???

—No no. De eso nada —respondí alucinando todavía con la cabezonería que les había entrado de repente por intentar buscarme un tío que, ni existía, ni me interesaba una mierda en ese momento—. Si lo encontráis me lo traéis, porque yo no pienso salir de casa de ninguna de las maneras, vamos.

Subí a la habitación ... y mientras me ponía el camisón (intentando no hacer ruido para no despertar a Raquel, que estaba durmiendo plácidamente en la litera de al lado) oí como Jose, Alberto, Oli y Pedrito terminaban de recoger todo y se iban por ahí de fiesta, justo cuando yo me metía en la cama y me quedaba completamente dormida.

Parte 2

La noche de Sandra

Estaba dormida como un tronco cuando, de repente, Alberto me despertó de golpe agitándome por los hombros y diciéndome: “*Sandra, Sandra... levántate, que te hemos traído un yogurín surfista*”.

Abrí un poco los ojos y vi de reojo en el reloj que eran las seis y cuarto de la mañana.

—¿Qué coño dices?

—Que sí, que sí. Baja al salón, que hemos encontrado a un yogurín surfista y te lo hemos traído de regalo de cumpleaños.

—Que me dejes en paz y te echas a dormir la mona, ¡hombre ya!

—Vengaaaa Sandra, ¡baja! Joooooooo. ¡Que nos ha costado mucho trabajo conseguirlo!

Al decir que les había costado mucho trabajo conseguirlo, de repente vi claro a lo que se refería.... Seguramente habían salido de casa borrachos, buscando algún sitio al que ir de fiesta y, como no habían encontrado ninguno, al volver a casa con todo el pedo se les había ocurrido hacerme un falso yogurín surfista con un montón de cosas que había en el cuarto de las escobas... entre ellas, una mini tabla de surf y una fregona.



—Vamos a ver, que no pienso bajar para ver a saber qué mierda que me hayáis montado... Déjame dormir que estoy muy a gusto en la cama, ¡coñe!

—Vengaaaa, jooooo, baja... que si no voy a tener que ir a por Jose y Pedrito para bajarte entre todos por las escaleras abajo, ¿eh?

Aunque Alberto me estaba hablando en bajito para no molestar a Raquel, que estaba dormida al lado, con tanto jaleo terminó despertándose y dijo:

—Joder, Sandra, vete de una vez para que se calle... porque ha entrado en bucle de borracho y si no bajas puede estar dando la turra aquí hasta mañana.

—Prffffff.

Resoplando y a regañadientes, me levanté y empecé a bajar al salón: despelujada, con mi camiseta-camisón de Barrio Sésamo y los ojos medio

cerrados del sueño que tenía.

Según iba más o menos por la mitad de la escalera, vi que Oli y Jose estaban esperándome abajo sin parar de reirse... al lado de un chico desconocido. No parecía exactamente un surfista, pero desde luego sí que era un yogurín.

Me quedé un poco flipada, y eché la vista alrededor buscando a más desconocidos, porque tenía claro que si efectivamente habían conseguido llevar a casa a algún tío (yo seguía sin entender ni cómo ni por qué), lo que era imposible es que hubiera accedido a ir solo, así que claramente tenía que haber más chicos por allí que hubieran ido con él en pandilla. Pero por mucho que miraba, no veía a nadie más... Aunque Pedrito tampoco estaba y se oían ruidos y golpes que venían de al lado, así que di por hecho que todos los demás (o sea: Pedrito y los amigos que hubieran venido con el chaval misterioso) estarían en el salón.

Fui bajando a trompicones las escaleras mientras intentaba dejar de bostezar y tratando de abrir los ojos (en vano), seguida de cerca por Alberto, que venía justo detrás de mí con una sonrisa de oreja a oreja.

El chico desconocido continuaba parado en el primer escalón... y me di cuenta de que estaba muy expectante mirando hacia arriba, por detrás de nosotros dos.... como esperando que alguien apareciera en el piso de arriba.



Según iba llegando abajo, noté que los ruidos y los golpes que hasta ese momento se estaban escuchando y que pensé que venían del salón (pero que a esa distancia más bien parecía que salían del cuarto de las escobas) dejaban de oírse y la casa se quedaba en silencio, por lo que me di cuenta de que no podía haber nadie más allí... a parte de Pedrito, que acababa de aparecer para sumarse a Oli y Jose en una especie de grupito que parecía el “comité de bienvenida de los tres tarados con risa floja”.

Cuando llegué al último escalón (o sea, a la altura del chico desconocido), volví a echar otro vistazo alrededor buscando más gente, porque seguía convencida de que era imposible que hubiera ido un chico solo sin más amigos... pero definitivamente allí estábamos nosotros solos.

El chico desconocido seguía mirando fijamente hacia la parte de arriba de

las escaleras, pero entonces Alberto le dijo: “¿A quién buscas? ¡Es esta! ¡¡¡Esta es la chica del cumpleaños!!!”.

Cuando Alberto dijo eso, al chico le cambió completamente la cara (mutando de una sonrisa de expectación por una cara de total decepción), se echó las manos a la cabeza y replando empezó a decir: “¡¡¡Joder, qué mal!!! ¡¡¡Qué cutre, tío!!! ¡¡¡Lo has hecho fatal!!! Prfffff, ¡¡¡vaya mierda!!!”.

Yo no entendía nada, pero el chico no hacía más que mirarme con cara de desilusión y seguía diciéndole a Alberto “¡¡¡No tenía que ser así!!! ¡¡¡Menuda birria!!! ¡¡¡Lo has estropeado todo!!!”.

Mirando alrededor, confirmé por enésima vez que efectivamente no había ningún otro extraño en la habitación y le pregunté al chico desconocido lo que en realidad me intrigaba más, que era: “¿Pero se puede saber qué te han dicho esta panda de tarados os para conseguir que hayas venido tú solo hasta aquí?”.

Ni siquiera hizo amago de contestarme, porque justo le empezó a sonar el móvil y no tardó ni dos segundos en cogerlo (yo creo que más por escaquearse un poco de la situación que estábamos viviendo, que porque tuviera interés en contestar la llamada en sí).

Por la conversación entendí que los que llamaban debían ser sus amigos, que lo habían visto irse con una panda de desconocidos (disfrazados de indios, por añadidura) y lo estaban llamando para ver dónde estaba y si comprobar que estaba bien, a lo que él les decía: “Que sí, que estoy bien, tíos. Que no pasa nada... Estoy en... Hummmm, no sé... en una casa. ¡Yo qué sé! Pues una casa normal... de dos plantas. Un chalet. Por la zona en la que vive el Antonio”.

Cuando colgó el teléfono, miró a Alberto y a Jose, y les dijo: “Vaya, ¡qué pena! Yo que venía con toda la ilusión y al final ha salido todo fatal por culpa del tío este que ha subido a la habitación a buscar a la chica del cumpleaños. Vaya mierda... Pero bueno, otra vez será. Me largo a mi casa”, y yo, que no quería más que volver a dormir, me di la vuelta sin pensármelo dos veces y dije: “A mí mañana me explicáis lo que ha pasado aquí, porque no entiendo nada. Pero de momento me vuelvo a la cama, que tengo mucho sueño”.

Antes de que pudiera siquiera empezar a subir las escaleras de nuevo, Jose me interceptó y, metiéndome en el salón, dijo: “¡¡De eso nada!! De aquí no se mueve nadie. Con lo que nos ha costado organizarlo todo, por lo menos tenéis que tomaros una copa juntos. ¿Dónde has dejado tu cubata?” —le

preguntó directamente al yogurín—. El chico señaló un vaso que estaba en la mesa, y Jose desapareció para ir a buscar las botellas con las que rellenárselo.

Alberto nos llevó (al chico desconocido y a mí) hasta el sofá a empujones, y una vez que estuvimos sentados (uno a cada punta porque no pudimos separarnos más, que si no lo hubiéramos hecho), cogió el mando de la tele y se puso a hacer zapping. Mientras le iba dando al mando para cambiar de canal, nos preguntó: “¿Qué os pongo en la tele, chicos?”. Y sin que nadie le hubiese respondido nada todavía, encontró una peli de vaqueros y dijo: “*Voy a dejar esta peli, que tiene muchos disparos, para que vayas afinando puntería*”, y le guiñó un ojo al yogurín, que se quedó con cara de no saber dónde meterse, mientras que yo estaba empezando ya a cabrearme porque lo único que quería era meterme en la cama (sola y a dormir, por si no lo he dejado todavía suficientemente claro) y no entendía ese afán por intentar liarme a toda costa con un completo desconocido en el que no tenía ningún interés y al que seguía sin tener ni idea de qué le habían podido decir para llevarlo hasta allí... pero cuanto más lo pensaba, más vergüenza (no tengo claro si ajena o propia) me daba todo el asunto.



Yo todavía no había digerido el momento “*Voy a poner una peli de tiros para que vayas afinando la puntería*”, cuando apareció Pedrito con una revista en la mano (que era un especial de “culos en la playa” de la Cuore) y

dijo: “Y aquí tenéis la revista de culos de la Cuore, a la que también le podéis ir echando un vistazo si os hace falta ir os entonando”.

Yo no sabía si seguir callada mirándolo todo con silencioso pasmo, si echarme a reír o si pegarles un bofetón a cada uno (y tengo que decir que esta última opción iba ganando puntos por momentos).

El yogurín miró la revista que Pedrito acababa de tirar encima de la mesa y, al hacerlo, vio el resto de las cosas que había dejado mi hermana desperdigadas por encima antes de irse a dormir.



Cogió el zapatito de la niña, y preguntó: “¿Y esto qué es?”, y entonces Jose, que volvía con las botellas, se lo arrancó de la mano de malas maneras y le dijo: “Esto es de mi hija y no tienes por qué tocarlo”, con una cara de mala leche, que si llego a ser yo salgo de allí corriendo.

El yogurín no salió corriendo, pero tampoco movió ni un músculo. Y mientras tanto Jose, sin soltar el zapatito, empezó a rellenarle el cubata (que estaba casi por la mitad)... echando J&B con Coca—Cola.

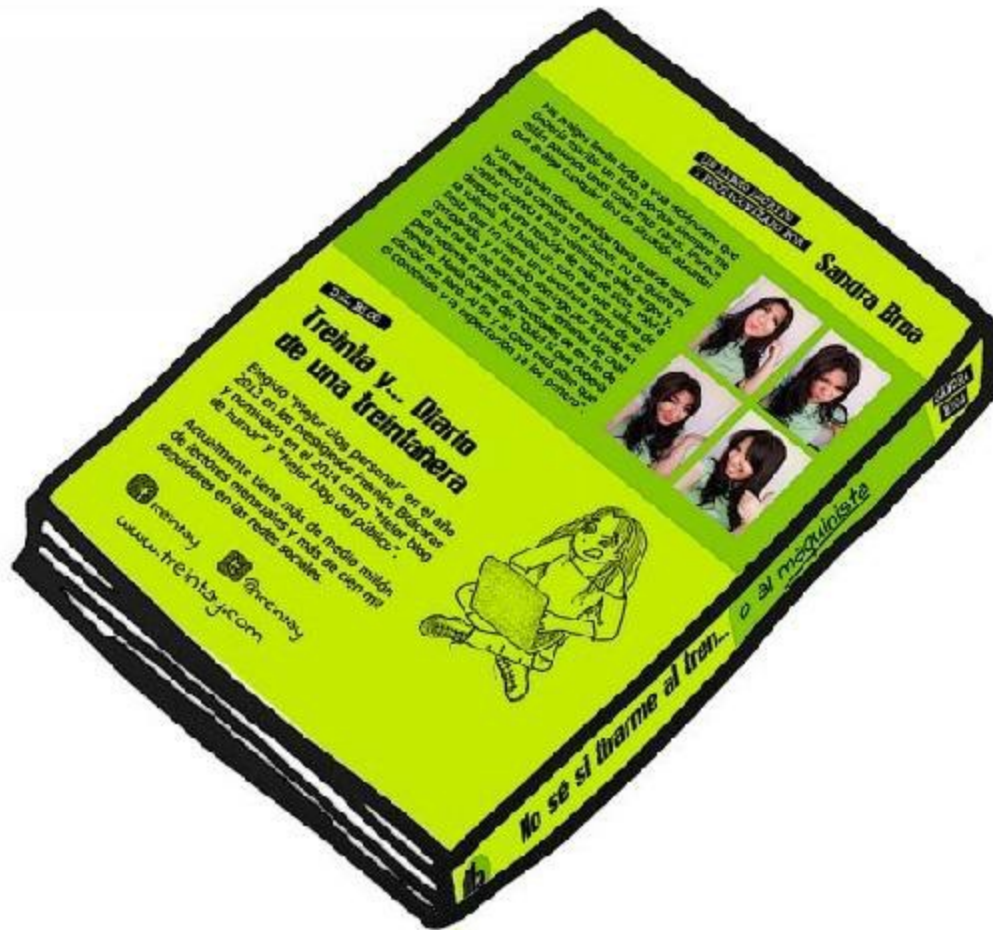
Tengo que decir que yo todavía estaba medio dormida y, por lo tanto, reaccionaba muy despacio y no me enteraba de la mitad de las cosas, pero teniendo en cuenta que los demás llevaban un pedo como un capitán general (incluyendo el yogurín desconocido) puedo afirmar que, a pesar del sueño, era la que más lúcida estaba de todos los presentes. Y lo digo porque creo que fui la única que se dio cuenta de que el color de lo que hasta entonces tenía el chico en su vaso era bastante más claro que lo que ahora le estaba echando Jose. Vamos, que lo mismo lo que había en el vaso hasta ese momento era un gin-tonic y Jose se puso a echarle J&B encima sin preguntar ni siquiera qué era lo que estaba bebiendo y sin que se le hubiera ocurrido al menos ponerle

la copa en un vaso que no tuviera ya otra cosa dentro.

El teléfono del yogurín volvió a sonar y lo cogió diciendo: “¡¡¡Hola!!! Que sí, tíos que estoy bien. Sí, sí. Voy ahora mismo”. Colgó y dijo: “Bueno chicos, pues la broma ha estado muy divertida y tal, pero me tengo que ir que me están esperando mis amigos”. A lo que Jose le dijo: “De eso nada. Tú no te mueves de aquí hasta que no te hayas bebido la copa que te acabo de poner”.

El chico, muy obedientemente, cogió el vaso y se dispuso a dar un trago, pero nada más olerlo, volvió a dejarlo en la mesa haciendo una mueca de asco que estaba más que cerca de la arcada... y yo ya no pude reprimir un ataque de risa de lo ridículo que me estaba pareciendo todo.

Como nos habían plantado en el sofá pero estaba claro que no teníamos ninguna intención de entablar ningún tipo de conversación entre nosotros (no tengo claro quién de los dos se sentía más incómodo ni quién tenía más ganas de salir huyendo de ahí), Pedrito se nos acercó y, cogiendo el libro de [“No sé si tirarme al tren... o al maquinista”](#) le dijo al chico: “¿Te hemos dicho que Sandra es escritora? Este libro lo ha escrito ella”. El yogurín miró a Pedrito con cara de que le estuviera vacilando y dijo: “Sí ya, claro”, a lo que Pedrito añadió: “¡Que es verdad! ¿No ves que su foto sale en la contraportada?”, y le puso el libro tan cerca en la cara que dudé que se lo fuera a estampar en las narices.



Entonces el chico cogió el libro y, al ver que era cierto que mi foto estaba en la contraportada, se quedó muy sorprendido y me preguntó: “*¡Anda! ¿Es verdad que esta eres tú. ¿Eres una escritora de verdad?*”, y yo le respondí: “*Bueno... no sé si soy una escritora de verdad... pero ese libro sí que lo he escrito yo*”.

Se puso a hojearlo y me dijo:

—¡Hala! Los dibujos están súper chulos, ¿también los has hecho tú?

—Sí.

—Jolín, pues están súper guays —y, llegando a una página que tenía un dibujo un poco subido de tono, me dijo con renovada curiosidad—. Oye, ¿de qué va el libro exactamente?

Los demás, al ver que la conversación podía estar ya enfilada, salieron al jardín dejándonos solos en el salón.

El chico parecía muy emocionado con el tema de que hubiera publicado un libro y me preguntaba por todos los detalles que se le iban pasando por la cabeza:

—¿Y cómo se te ocurrió la idea de escribir un libro?

—Pues la verdad es que fue un poco accidental porque empecé escribiendo un blog, un poco a lo tonto, la verdad... pero luego empezó a seguirme mucha gente, me dieron un premio nacional al mejor blog... y entonces una editorial me contactó para proponerme sacar una recopilación de las entradas del blog en formato de libro... y pensé: ¿por qué no?

—¿Y cómo se llama tu blog? ¿[“No sé si tirarme al tren... o al maquinista”](#)?

—No, ese solo es el título del libro. El blog se llama [“Treinta y... diario de una treintañera”](#), y creo que no hace falta que te diga de lo que va, porque el nombre es bastante descriptivo, jajaja.

—Jobar... me parece alucinante que una editorial te contacte, ¿no? Quiero decir que lo normal no es que tengas que ir tú intentando que te hagan caso... y aún así solo le publican a muy poca gente.

—Pues sí, la verdad.

—¿Y qué tal te ha ido con el libro?

—Yo diría que bien. Ha estado varias veces entre los libros más vendidos de Amazon España.

—¡Halaaaa! ¡¡¡Qué pasada!!! ¿Y los dibujos los haces también tú?

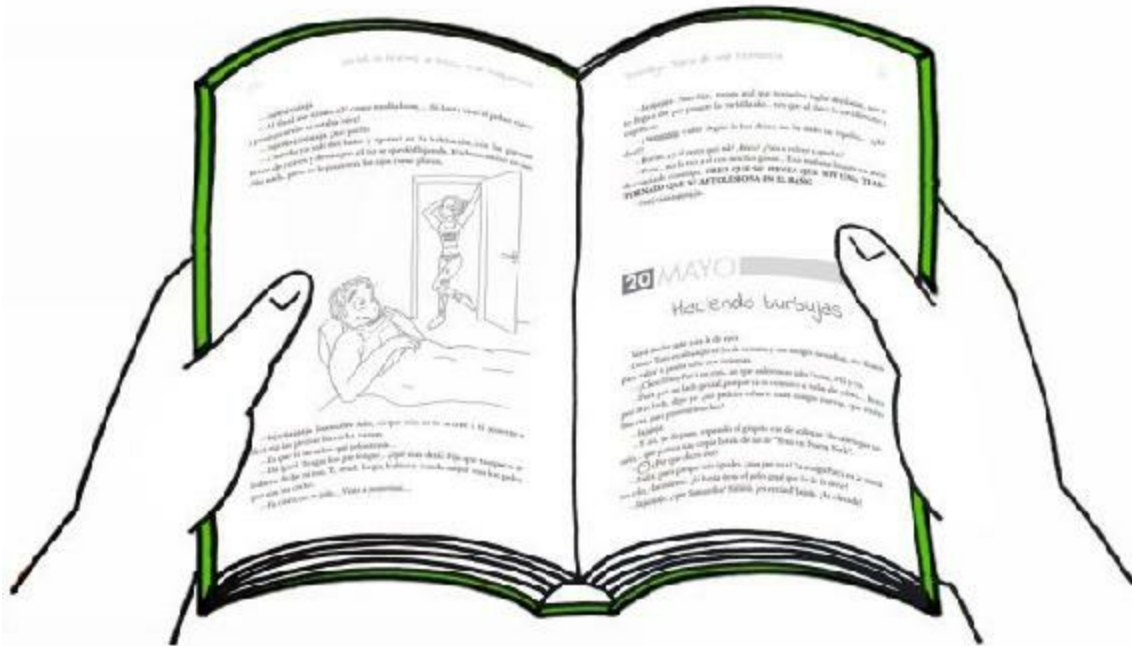
—Ya te he dicho hace un momento que sí, que los hago yo.

—¿Y dónde aprendiste a dibujar así?

—En ningún sitio. Siempre se me ha dado bien dibujar.

—Jolín, pues están genial. Oye, ¿y cómo se te ocurrió la idea de escribir un libro?

Creo que le repetí lo mismo por lo menos cinco veces, porque a pesar de que se notaba que el tema le fascinaba y ponía mucho interés, estaba taaaan borracho que se le olvidaba todo lo que le decía prácticamente al instante de habérselo contado.



La verdad es que, cuando el chico me preguntó la primera vez por el libro, le respondí lo más escuetamente posible porque albergaba la esperanza de que se aburriría y se fuera a su casa de una vez y yo me pudiera volver a meter en la cama a seguir durmiendo, que es lo que más me apetecía en ese momento (y más teniendo en cuenta lo raro y lo tenso que había sido todo después de los momentos “peli de tiros” y “revista de culos”). Admito que le contestaba casi de una forma mecánica entre bostezo y bostezo... y si no me levanté y me marché, fue exclusivamente por educación. Pero también es verdad que, según al chaval se le iba pasando un poco el pedo e íbamos hablando cada vez más, me empezó a parecer muy simpático.

Me dio la impresión de ser un chico normal (borracho pero normal), bastante majete (tenía algunas caídas muy buenas), y tengo que reconocer que me lo habían escogido muy bien porque físicamente el chico era bastante de mi estilo.

El ambiente seguía siendo un poco tenso porque oíamos a mis amigos (que estaban en el jardín) hablar y reírse continuamente... pero por lo menos la conversación entre nosotros era cada vez más fluida.

—Jajaja, oye... estoy ojeando un poco este capítulo y me pregunto si esto está basado en hechos reales, porque si es así te pasan unas cosas súper divertidas.

—Sí. Por desgracia para mí todo está basado en hechos reales.

—Jajajajajaja. ¿En serio? ¿Cómo te pueden pasar tantas cosas raras?

—Le preguntó el chico desconocido a la escritora, mientras estaban sentados en el sofá de una casa a la que había ido en calidad de “yogurín surfista”...

—Jajajajaja, tienes razón. Supongo que esta situación también es bastante surrealista. Oye, ¿y esto lo piensas contar algún día en tu blog?

—Probablemente...

—Jajajaja. ¡Qué guay!



A lo tonto y a lo bobo, llevaríamos ya hablando una hora, cuando me preguntó dónde estaba el baño. Le indiqué que era la última puerta al final del pasillo y fue hacia allá.

Oí cómo se cerraba la puerta del baño, e inmediatamente entró Oli en el salón:

—¡Sandra! Yo me piro a dormir. Solo venía a coger el bolso.

—Vale.

—Estos están fuera...

—Ya ya. No hace falta que lo jures porque se les está oyendo todo el rato.

—¿Qué tal con el chico?

—Es majo...

—¿Pero os habéis enrollado o algo?

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué?

—Para empezar porque ya te digo que os estamos oyendo todo a través de la ventana, y parece que os tuviéramos encima.

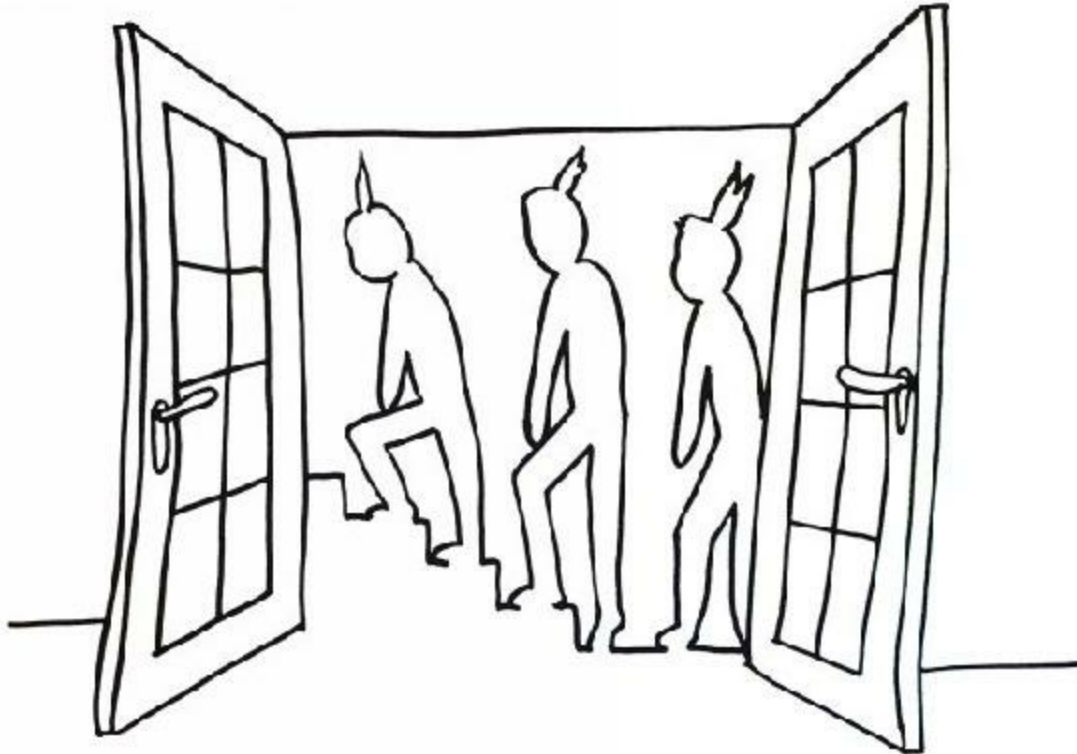
—Hummmm. Ya, es verdad que igual os teníamos que dejar algo más de intimidad.

La puerta del baño se abrió y Oli salió del salón y se puso a subir las escaleras prácticamente de dos en dos, para desaparecer lo antes posible.

Cuando el yogurín volvió del baño, se sentó en el sofá pero esta vez ya no tan alejado de mí. Intentó volver a pegar un trago del cubata-mix ese que le había preparado Jose y, al igual que la vez anterior, según se lo acercó a la boca puso cara de asco y lo volvió a posar en la mesa sin probarlo.

Parecía que ya se le había pasado bastante el pedo que llevaba y yo, desde luego, ya me había espabilado del todo... así que seguimos hablando, esta vez de todo un poco, y me empezó a dar la sensación de que cada vez estábamos más a gusto y que ya ninguno tenía ganas de salir corriendo de allí. Muy al contrario, parecía que la noche (o más bien el día, porque estaba empezando a amanecer) sí que podía terminar de una forma bastante interesante si es que mis amigos en algún momento se dignaban a ir a dormir... porque lo que estaba claro es que no íbamos a hacer nada mientras estuvieran fuera, ya que igual que los estábamos escuchando nosotros a ellos, ellos nos podrían oír a nosotros con toda claridad en caso de que hiciéramos algo.

Afortunadamente, ya era muy tarde para todos y mis amigos tenían que estar ya reventados, por lo que no aguantaron mucho más y, poco después de que Oli se hubiera retirado, pasaron los tres desfilando escaleras arriba (como en un desfile de indios zombies) para irse por fin a la cama.



Casi automáticamente el yogurín se acercó un poco a mí para quedarse sentado a mi lado y, más o menos el mismo tiempo que tardaron los chicos en subir a las habitaciones después de que se hubiera ido Oli, fue el que tardó él en decidirse a meterme morro.

La cosa se empezó a calentar y como yo siempre llevo un par de condones en la cartera y por casualidades de la vida (al igual que mi hermana y que Oli), también había dejado el bolso en el salón, pudimos rematar la faena en condiciones.

Sin entrar en más detalles, tengo que decir que todo fue correcto... que, por otra parte, es lo que cabe esperar de un chico que no pasa de los 25 años, por muy borracho que esté (aunque por desgracia para mí, acumulo alguna excepción a esa regla)... y que cuando terminamos ya era de día.

El chico me preguntó si no me importaba que se quedara un rato a echar una cabezada, porque con tantas emociones estaba que se caía... y le dije que por supuesto que no había ningún problema mientras estuviéramos vestidos cuando mis amigos bajaran a desayunar. Así que, prácticamente al momento, nos quedamos dormidos (poco y mal, porque dormir dos personas en un sofá muy cómodo no es, que digamos).

Cuando nos despertamos el reloj marcaba ya las 9 de la mañana y al chico casi le dio un soponcio al darse cuenta de la hora que era :

—¡¡¡Ostras!!! Se me ha hecho tardísimo. Me tengo que marchar ya mismo.
¿¿¿Pero cómo he podido despistarme tanto de la hora??? ¡¡¡Qué cagada, joder joder joder!!!

Y, casi sin que me diera tiempo a decirle ni “adiós”, salió pitando por la puerta, corriendo, mientras se abrochaba los pantalones por el camino.

Yo ya me había espabilado y a esas horas no tenía sentido ninguno que me volviera a la cama porque como mucho iba a dormir una hora hasta que se empezaran a levantar el resto, así que fui a la cocina y me puse a hacer café mientras me reía yo sola recordando lo surrealista que había sido toda la noche y me preguntaba cómo habrían conocido mis amigos a este chaval, qué sería lo que tenían planeado hacer para que cuando aparecí por las escaleras el yogurín dijera que había salido todo fatal... y sobretodo, sobretodo, cómo habían conseguido convencer a un completo desconocido para que se fuera hasta un chalet perdido del mundo con cuatro gilipollas vestidos de indios.

Parte 3

La noche de Rosa

Terminé de hacer el café y salí al jardín para tomármelo. Ni siquiera había terminado de beberlo, cuando bajó Rosa con la niña:

—Pero Sandra, ¿qué haces aquí fuera tú sola?

—Desayunando...

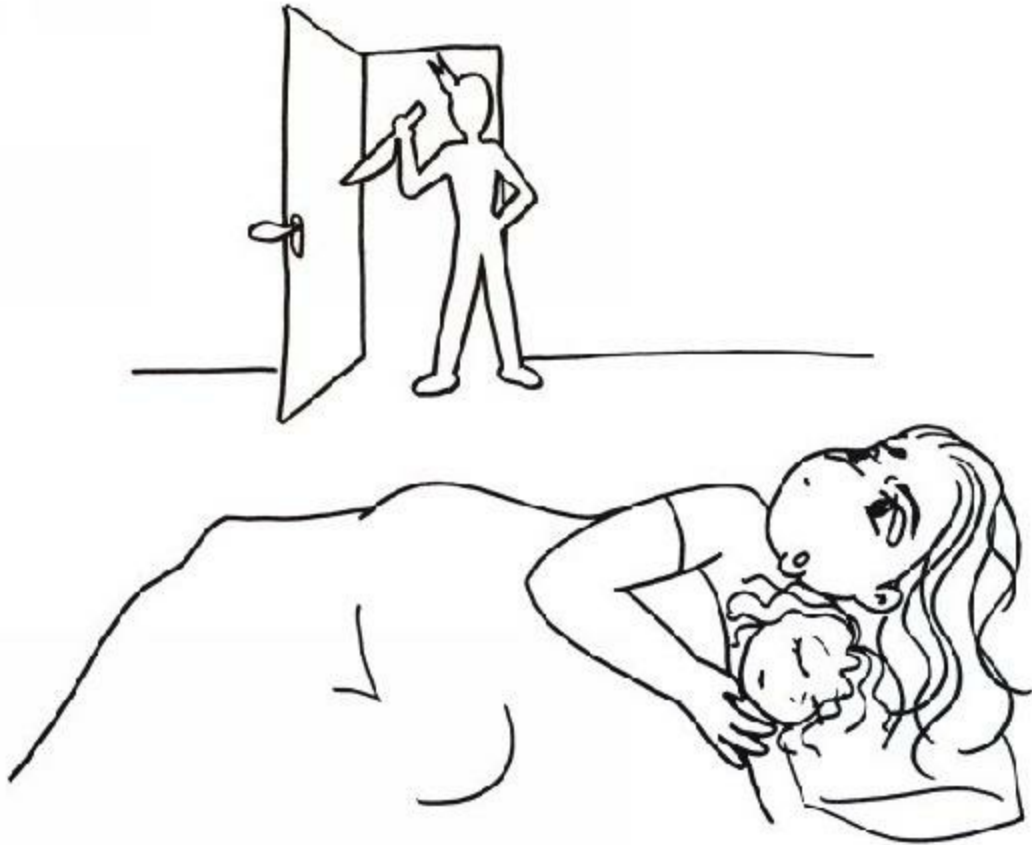
—Quiero decir... ¿qué haces despierta a estas horas? Si normalmente eres la última en levantarte...

—Pues ya ves, que anoche he tenido una visita masculina. Nos hemos despertado hace un rato y he pensado que era tontería volverme a acostar... porque total, para dormir una hora me iba a levantar peor.

—¿¿¿Una visita masculina??? ¡Anda! Entonces Jose no estaba delirando. Y yo que lo tomé por loco....

—¿Delirando?

—Sí. Resulta que cuando ha entrado en la habitación, venía empuñando un cuchillo cebollero. Yo me he quedado un poco loca y le he dicho: “¿A dónde vas con eso?” y me ha respondido: “A meterlo debajo de la almohada por si acaso me toca defenderos a la niña y a ti del chico que está en el salón con Sandra. Ya sabes, por si es un psicópata o algo así”. Evidentemente pensé que estaba borracho, o fumado, o yo que sé... y le dije: “¡Anda! Posa ese cuchillo en la mesa y deja de decir idioteces, que vas a despertar a la niña... y métete en la cama a dormir la mona, que falta te hace”.



—Jajajajajajaja. Me parto.

—¿Cómo iba a pensar yo que de verdad estabas con un tío en el salón?

—Ya... No me extraña que pensaras que era un delirio de borracho porque yo también pensé que era una coña cuando Alberto me despertó para decirme que me habían traído a un surfista.

—¿Pero cómo que te habían traído un surfista? ¿De dónde? ¿Era algún vecino que pasaba por la puerta y lo metieron en casa?

—No no. No sé de dónde lo trajeron, pero yo creo que de la playa porque tenía las deportivas llenas de arena.

—¿Cómo que de la playa? ¿Pero entonces era un surfista de verdad?

—No, no, un surfista no era.

—Pero vamos a ver... Si yo os dejé tomando algo tranquilamente en el jardín, ¿cuándo estuvisteis en la playa?

—“Estuvieron”, querrás decir, porque yo no salí de casa. A mí me lo trajeron a domicilio porque no quería ir a buscarlo.

—Mira, creo que yo también necesito un café porque no me estoy enterando de nada.

Le conté bien toda la historia (al menos toda la parte que yo conocía,

desde que ella y la niña se fueron a dormir por la noche hasta que el yogurín se marchó por la mañana) y se meaba de la risa:

—Tía, no me puedo creer que todo eso haya pasado desde que me acosté hasta ahora... ¡¡¡y yo en la habitación de encima sin enterarme de nada!!! Si Jose no hubiera entrado a la habitación con el cuchillo como si fuera un psicópata, ni siquiera me hubiera espabilado tanto como para fijarme en él... Y resulta que mientras tanto, a ti por fin te estaban dando el “pollazo” del que tantas ganas tenías ayer.

—Jajajajajaja, ya lo ves...

Parte 4

La noche de Pedrito

Entre que ya era bastante día, la cháchara que nos traíamos en el patio Rosa y yo, y las risas que se estaba echando la niña jugando por ahí... el resto no tardaron mucho en despertarse y unirse a nosotras para desayunar. Todos menos mi hermana, que como se había puesto los taponos para los oídos, no se enteraba del ruido que estábamos haciendo y seguía en la cama durmiendo como un lirón.

Por supuesto, nada más bajar las escaleras lo primero que me preguntaron (aunque no recuerdo quién exactamente) fue: “*Bueno, ¿qué tal? ¿Al final te lo tiraste o no?*”. Y al contestarles que sí, se pusieron a felicitarse unos a otros y a decir cosas como “*¡Al final lo conseguimos!*”, “*¿Lo ves? Te dije que en cuanto nos marcháramos sí que había tema*”, “*Muy bien, tío. No hubiera sido posible sin tu participación*”, “*Lo mismo digo*”.

Cuando terminaron de celebrar su triunfo y por fin se sentaron todos a la mesa, Rosa le dijo a Jose:

—Ayer, cuando entraste en la habitación con el cuchillo diciendo que había un chico en el salón con Sandra, pensé que eran idioteces de borracho, pero ya me ha contado ella toda la historia y me meo de la risa...

—Y eso que no sabéis ni la mitad —dijo Pedrito—, porque lo más divertido fue todo lo que pasó por la noche antes de que le trajéramos al chico y ella bajara de la habitación.

—Precisamente eso es lo primero que pensé cuando bajé las escaleras y vi a un desconocido en la parte de abajo: “*¿Cómo habrán liado a este chico para que haya venido hasta aquí con cuatro gilipollas borrachos vestidos de indios? ¿Qué le habrán dicho para convencerlo de que viniera?*”

—Jajajaja. Pues la verdad es que sí que le tuvimos que decir bastantes cosas hasta que aceptó.

—Pero vamos a ver... ¿dónde lo conocisteis? ¿Me puede hacer alguien el favor de contarme toda la historia desde el principio?

—Pues cuando salimos de casa no teníamos ni idea de a donde ir —empezó a contar Pedrito—, porque el pueblo pillaba lejos para ir andando y no hay bares por esta zona... así que estábamos pensando en llamar a un taxi, pero al llegar a la carretera vimos luces en el chiringuito de la playa y fuimos para allá. Ya sabéis que los borrachos y las polillas, siempre van a la luz...

—Jaja. Es verdad.

—Pensábamos que estaría abierto en plan juerga tranquila, pero cuando llegamos ¡había un fiestón de la leche! Estaba petado de gente, bailando y dándolo todo... pero daba la impresión de que estaban todos colocados, así que tuvimos que dar dos vueltas por toda la fiesta hasta que por fin encontramos un grupito de chicos que nos parecieron normales, y entonces le pedimos a Oli que nos dijera qué tío de todos le parecía que era más de tu estilo. Nos señaló a un chico alto con barbita... y que allá que fuimos.

—¿Quiénes fuisteis?

—Jose y yo, que erámos el “comando de reclutación”.

—¿Y qué le dijisteis?

—Pues nos acercamos a él y creo que le dijimos algo tan sutil como “*¡Buenas noches! Tenemos a una amiga en casa, que hoy ha sido su cumpleaños, y estamos buscando a un tío que vaya a echarle un polvo de regalo de cumpleaños. ¿Cómo lo ves?*”

—¿¿¿PERDONA???

 ¿¿¿Le dijisteis eso en serio??? ¿¿¿Como si yo fuera una especie de putilla desesperada???

—Bueno, en realidad creo que le dijimos “*¿Tienes un plan mejor que venir a echarle un polvo a nuestra amiga?*” —apuntilló Jose.

—¿¿¿PE-PE-PERO ESTÁIS MAL DE LA CABEZA???

 ¿¿¿CÓMO SE OS OCURRE DECIRLE ESO A UN DESCONOCIDO??? —les increpé yo, entre indignada y atónita.

—Jajajajaja. ¿Y qué querías que le dijéramos? —respondió Pedrito—. No se nos ocurrió nada mejor que decirle para convencerlo de que se viniera.

—¿Y el tío qué os contestó? —preguntó Rosa.

—Pues puso unos ojos como platos y dijo: “*Lo siento, pero tengo novia*” —siguió contando Pedrito—. A mí me sonó a excusa barata, así que le dije: “*¡Anda, ¿y qué más da eso? Si solo va a ser un momento. Tu novia no tiene ni por qué enterarse*”. Pero entonces dijo: “*Sí, porque está justo aquí*”, y me fijé en que había una chica a su lado mirándome con una cara de mala hostia que si hubiera podido me hubiera fulminado.

—Saldrías de allí pitando, claro —dije.

—No no, de eso nada —continuó Pedrito—. En el “comando de reclutación” somos muy concienzudos con el cumplimiento de nuestros cometidos, así que buscamos alternativas. Le dije al chico: “*Tienes razón, estando aquí tu novia estaría un poco feo... Pero... ¿no tienes ningún amigo soltero que nos pueda valer?*”. Y nos dijo: “*Aquel de la sudadera granate está libre*”... y allá que fuimos.



—¿Y el soltero ese que os dijeron fue el que al final me trajisteis? — pregunté yo, temiendo que le hubieran estado haciendo la oferta a la mitad de la población local.

—Sí sí. Ese fue... Así que, que sepas que no fue nuestra primera opción, pero por lo menos antes de abordarlo sí que le volvimos a preguntar a Oli si le parecía que este chico también podía valer. Como nos dio el OK, repetimos la misma operación que con el anterior: nos acercamos a él y le dijimos: *“Oye, que nos ha dicho tu amigo que estás soltero... así que nos preguntábamos si tienes algo mejor que hacer esta noche que echarle un polvo de cumpleaños a una amiga nuestra”*. Nos miró con los ojos como platos y, al ver que la única chica que estaba con nosotros era Oli, nos preguntó señalándola: *“¿A quién? ¿A aquella?”* y yo le dije: *“No no no no. A esa ni mirarla. A otra que no está aquí porque se ha quedado en casa. Pero vamos, que también está muy bien.”*

—¿Y dijo que sí sin más? —pregunté yo un poco alucinada.

—Nooooooooo, qué va. Nos costó convencerlo bastante porque nos empezó a preguntar: *“¿Y por qué tenéis que buscarle vosotros un ligue? ¿Si quiere echar un polvo por qué no ha venido ella? ¿Qué es lo que le pasa?”*. Y lo decía con cara de suspicacia, porque yo creo que pensaba que eras un orco de Mordor, o algo así.

—A mí, cuando me contaron eso me dio confianza —interrumpió Oli—, porque si hubiera dicho que sí directamente me hubiera parecido un poco

sorpresa. Y entonces fue cuando dijo: “¡Ah, bueno! Si es por hacer la broma sí que apunto, que yo soy muy de hacer bromas de este tipo”.

—Que no se lo cree ni él... —replicó Jose—. Porque no le han pedido hacer una cosa así antes en su puta vida.

—Ya... pero por lo menos ya accedió —dijo Pedrito—. Aunque nos dijo que hasta más tarde no se iba a ninguna parte porque todavía era demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto? —pregunté yo extañada—. Pero si ya serían más de las cuatro y pico de la mañana...

—Ya. No sé. Él nos dijo eso, pero luego añadió que si nos quedábamos hasta que se terminara la fiesta, sí que se venía con nosotros. Sinceramente, yo creo que lo dijo para ganar tiempo, a ver si con un poco de suerte encontrábamos a otro voluntario y lo dejábamos en paz a él... pero no teníamos ninguna intención de buscar más candidatos, entre otras cosas porque estábamos viendo que no era tan fácil convencer a un perfecto extraño para que vaya con una panda de desconocidos a echarle eche un polvo a una tía anónima... así que preferimos hacer tiempo y esperar por él.

Parte 5

La noche de Oli

—Bueno —intervino Oli—, esperamos por él porque veíamos que era difícil encontrar a otro tío que se dejara liar, pero también porque en todo el local no vimos a ningún otro candidato que nos pudiera servir porque el resto estaban todos colocadísimos. Pero colocadísimos-colocadísimos, ¿eh? Yo nunca había visto a nadie tan puesto. Fíjate como sería la cosa, que no se daban cuenta de que estábamos disfrazados y eso que íbamos con todos los complementos: yo llevaba el hacha, Pedrito el arco y las flechas, Jose la pipa de la paz, etc.

—¡Es verdad, jaja! —dijo Jose—. Recuerdo que yo hacía como que estaba fumando, y para que pareciera que salía humo de la pipa, ponía unas cuantas cerillas en el agujero y luego las prendía todas a la vez... y salía una llamarada espectacular.



—Sííí —dijo Oli—. Lo de la pipa molaba mucho. Pero fíjate como estaría el percal, que llegó un momento en el que nos hicieron corrillo unos cuantos chavales para decirnos: “Hala, ¡qué guay eso que estáis fumando.

¿Nos dejáis probarlo?”. Y nosotros en plan de: *“¿Estáis de coña, no? Solo son cerillas”*, y los tíos mirándonos mal porque se pensaban que les estábamos vacilando para no darles una calada. Al ver que estábamos varios en corro, se acercó otro tío gritando: *“¡Hola! Me llamo Raúl y ¡¡¡tengo María para todos!!!”* y con las mismas que había venido, se marchó. Nosotros estábamos flipando, y, mientras, Jose seguía metiendo cerillas y prendiéndolas delante de los otros flipados, que tenían tal colocón que ni se enteraban y seguían diciéndonos que querían fumar lo mismo que él, porque les parecía alucinante. Se pusieron tan pesados que tuve que terminar por decirles: *“¡Que es una pipa de un disfraz, joder. ¿No veis que vamos disfrazados de indios?”* y entonces nos miraron de arriba a abajo y dijeron: *“¡Halaaaaa, es verdad! ¡¡Qué pasada de disfraces!! ¿Y eso dónde se pueden comprar?”*. Y yo en plan: *“¡Pues en cualquier tienda de chinos!”*.

—¿¿En serio me estás diciendo que no se habían dado cuenta de que ibais vestidos de indios?? —pregunté yo incrédula—. ¡Si llevábais las plumas en la cabeza y la cara pintada!

—Pues fíjate cómo irían para no verlo —dijo Oli—. A mí me daban hasta pena. Me acuerdo que otra chica se me acercó y me dijo súper emocionada mirando mi vaso: *“Halaaaaa, ¿tienes hielos? ¿Me puedes dar uno, por favor? Que mi bebida ya está caliente”*, y le contesté: *“¿Y por qué no se los pides a la camarera?”*, y sé quedé mirándome como si fuera la idea del siglo diciendo: *“Halaaaa, tía. ¡Qué idea! ¡Eres súper lista!”*

—Madre mía...

—Pero vamos, que te estoy contando esas dos anécdotas, porque son de las que me acuerdo ahora... pero ya te digo que era la tónica general. De hecho, yo creo que los dueños del bar y los porteros no andaban mucho mejor, porque según nos habíamos ido acercando al chiringuito nos hizo mucha gracia ver que en la puerta del garito cobraban entrada y había cola de gente esperando y discutiendo con el portero para que les dejaran pasar gratis, cosa que no tenía ningún sentido porque... ¡¡el sarao era en la playa al aire libre!! O sea que si rodeabas el chiringuito, entrabas sin pagar.

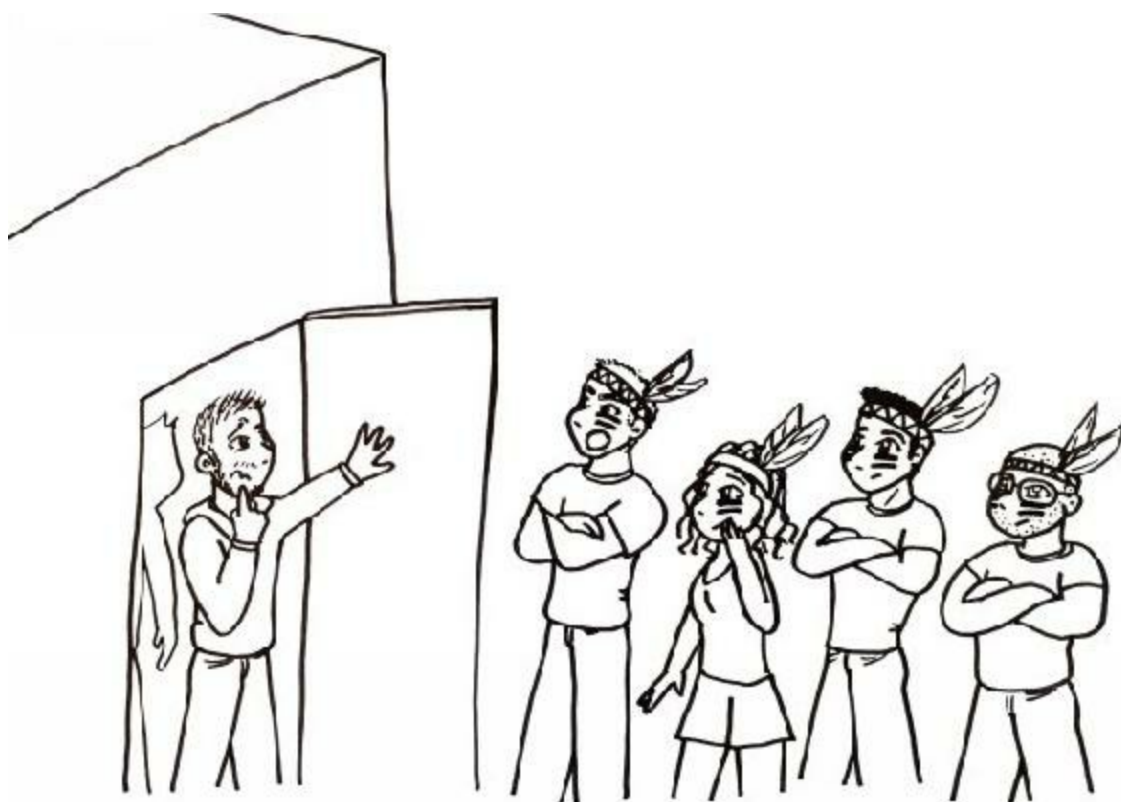
—JAJAJAJA. ¡Venga ya! Pero habría alguna valla o algo...

—No, no. Nada de nada. Ni una triste cinta para acordonar. Nosotros entramos andando tranquilamente por la playa y nadie se dio ni cuenta. Y eso que llevábamos todos un pedo de puta madre, y aún así nos salió de ojo... así que fíjate como andarían el resto. Por eso insisto que no estaba la cosa como para andar buscando a otro pretendiente. El que te escogimos era el mejor con

diferencia.

—Hombre, pues según lo pintas eso parece, sí.

—Por eso cuando el chico les dijo a Pedrito y a Jose que nos esperaríamos hasta que cerraran el garito para venirse con nosotros, nos esperamos sin chistar. Aunque yo creo que él pensaba que nos habíamos ido porque en la fiesta había mucha gente y no lo volvimos a ver, pero cuando llegó la hora de cerrar y quitaron la música para echarnos, salimos fuera y nos quedamos en la puerta esperando a que saliera. Tardó un montón y empezamos a pensar que a lo mejor se había ido por la playa, por donde habíamos entrado nosotros... Pero no, sí que estaba allí y todos respiramos aliviados cuando salir por la puerta. Al contrario que él, que imagínate la cara que puso cuando vio que estábamos los cuatro flanqueando la salida cruzados de brazos diciéndole: “¡Vamos tío! Que te llevamos esperando una hora. ¿No pensarías escaquearte, ¿no?”.



—Jajajaja. Madre mía, ¡que cague! No sé como no salió corriendo...

—Pues yo creo que se lo pensó, porque encima sus amigos empezaron a decirle “¿Pero tío, qué haces?”, “¿Cómo te vas a ir con ellos, si no sabes ni a donde te van a llevar?”, “¿Estás loco?”... y tengo que reconocer que a mí eso me infundió bastante tranquilidad, porque yo tampoco hubiera dejado que

un amigo mío se fuera con una panda de desconocidos tan alegremente sin preocuparme. Me pareció de gente normal. Ya sabes... de no ser unos posibles psicópatas.

—Jajajajaja No no, si está claro que allí los que más pinta teníais de psicópatas eráis vosotros —dije yo sin poder evitar reírme al imaginarme el cuadro—. Lo que no sé es como el tío al final accedió a irse con semejante panda de tarados que podían tener intención de descuartizarlo a la vuelta de la esquina, o vete tú a saber qué.

—Pues yo creo que porque estaba yo —dijo Oli—, y ver a una chica siempre da confianza. Pero estoy segura de que si solo hubieran estado estos tres no se hubiera venido ni de coña. De hecho, venía todo el rato a mi lado... y aunque al principio no decía nada, según fuimos saliendo del casco urbano, no hacía más que mirar para todos los lados y preguntarme hacia donde estábamos yendo. Y mientras tanto sus amigos venga a llamarle al móvil para preguntarle donde estaba. Ya te digo que a mí eso me gustaba mucho. Me daba confianza... A parte de que el chico parecía majo.

—Bueno —intervino Pedrito—. Confianza confianza tampoco te daría del todo... porque antes de irte a dormir entraste por el salón a coger tus cosas no siendo que te las robara.

—¿Cómo? —pregunté yo—. Jajaja. ¿O sea que cuando entraste al salón a despedirte fue para eso?

—Sí, jaja—respondió Oli—. Pero yo solo pensaba que podía ser un ladrón, no un psicópata. No como estos, que después de toda la que montamos, cuando por fin consiguieron que te quedaras con el chico a solas en el salón, les entró la paranoia de pensar que a lo mejor era un psicópata y se quedaron montando guardia en el patio, por si acaso te hacía algo y tenían que intervenir.

—¿¿¿En serio??? —dije completamente incrédula—. ¿Por eso os quedasteis en el patio todo ese rato?

—¡Anda claro! —Dijo Alberto, casi indignado por la duda—. Y fue el rato más divertido de toda la noche...

Parte 6

La noche de Alberto

—¿Por qué dices que el rato que estuvisteis en el jardín fue el más divertido de la noche? —le pregunté a Alberto—. ¿Qué estuvisteis haciendo?

—Pues al principio nada... Solo estábamos sentados en silencio, porque precisamente el objetivo que quedarnos fuera vigilando era poder oírte en caso de que pidieras ayuda.

—Tengo una duda —le interrumpí—. ¿Se puede saber qué pensabais oír desde el jardín que no se oyera desde el piso de arriba... en una casa que estaba completamente en silencio?

—Prfff. ¡Yo qué sé! Supongo que no era tanto el hecho de que desde el jardín se te pudiera oír mejor, como que si subíamos nos íbamos a quedar dormidos y no nos íbamos a enterar de nada en caso de gritaras. Por eso nos quedamos en el fuera... Pero como nos aburríamos y nos comenzó a entrar el sueño, empezamos a hacer el tonto por mantenernos despiertos. Pedrito empezó a decir: “*¿Habéis visto la cara que ha puesto el yogurín cuando Jose le ha quitado el zapatito de la niña de la mano? Casi se caga vivo. Aunque no me extraña porque la verdad es que la cara de Jose ha sido de psicópata total*”. Y Jose dijo: “*Jajajaja. Es verdad. ¡¡¡Eh!!! ¿Y si entro otra vez y le doy un susto en plan psicópata?*”. Y entonces fue a la cocina y volvió con el rallador de verduras puesto en la cara como si fuera la máscara del de “Viernes 13”, el mantel como una capa y el cuchillo cebollero en la mano... y empezó a lanzar el cuchillo clavándolo en el césped.



—Uy la virgen, pero vosotros estáis fatal —dije imaginándome a Jose de semejante guisa.

—Calla, que lo peor es que quería entrar en el salón con el cuchillo en alto y decir con voz de ultratumba: *“Prepárate, que vamos a descuartizarte y mutilarte miembro a miembro... ¡empezando por la chorra!”*

—¡¡Pero Jose!! —exclamé yo.

—Jajajajaja. ¿Qué quieres? —respondió Jose—. En ese momento me pareció una idea cojonuda. ¡Estaba pedo! ¡Estábamos diciendo chorradas todos! ¡No solo yo!

—Eso es verdad —dijo Alberto—. Pedrito también aportaba ideas. En concreto insistía en que deberíamos asomarnos por la ventana y poner cara de salidos para que se nos viera a través del cristal, mientras hacíamos ruidos jadeantes como si nos estuviéramos cascando una paja.

—¿En serio eso os parecía una buena idea? —pregunté yo cada vez más atónita.

—Sí. Y que sepas que si lo descartamos fue únicamente porque estaban las cortinas echadas y, como no nos ibais a poder ver, la cosa perdía toda la gracia... que si no, lo hubiéramos echo fijo. Pero al final, aunque estuviéramos diciendo un montón de chorradas, el sueño nos estaba pudiendo, y en cuanto

Oli nos dijo que le habías dicho que no ibais a liaros hasta que no nos subiéramos a la cama, decidimos que era la señal definitiva para retirarnos a dormir.

—¿Cuando os dijo eso Oli?

—Cuando entró en el salón antes de irse a la cama, porque se lo dijiste tú.

—¿Pero salió al jardín a deciros algo? Si yo juraría que subió las escaleras, y de dos en dos, además.

—Sí —dijo Alberto—. Pero nos mandó un whatsapp para avisarnos. En cuanto lo leímos, nos retiramos a dormir.

—Uy la virgen. ¡Qué demencia todo!

—Pues sí. Pero no digas que no fue una sorpresa molona, ¿eh? Que lo último que te esperabas cuando te desperté diciéndote que te habíamos traído a un yogurín surfista, era que fuese de verdad.

—Bueno... un yogurín era, pero la verdad es que de surfista no tenía nada.

—Eso fue porque el plan no nos salió bien —dijo Alberto con repentina cara de indignación—, porque la idea era que cuando yo bajara contigo de la habitación, él estuviera esperando abajo vestido de surfista con el bañador puesto y la tabla de surf esa que hay en el cuarto de las escobas debajo del brazo... Pero cuando llegamos abajo no estaba en bañador ni con la tabla ni nada...

—Bueno —interrumpió Jose—... Es que te recuerdo que el plan no era exactamente ese, Alberto.

Parte 7

La noche de Jose

—¿Ah, no? ¿Y cuál era el plan si puede saberse? —pregunté yo.

—La idea era que el yogurín se vistiera de surfista como te ha dicho Alberto: quedándose en calzoncillos y cogiendo la tabla de surf esa que tenemos en el cuarto de las escobas... pero luego tenía que subir a tu habitación y entrar a despertarte diciendo: “*Soy tu yogurín surfista y vengo a echarte un polvo de cumpleaños*”.

—¿En serio? ¿¿¿“*Vengo a echarte un polvo de cumpleaños*”??? ¿¿¿No se os ocurrió otra cosa para decir??? —pregunté después de unos segundos en los que creo que me quedé sin actividad cerebral.

—¿A que es genial? —respondió Jose alegremente.

—¿¿¿Pero como va a ser genial, jodido tarado??? ¿A quién se le ocurre despertar a alguien metiéndole en la habitación a un desconocido en calzoncillos? Vamos... ya os digo desde aquí que si me despiertan en esas circunstancias, y más teniendo en cuenta el buen despertar que tengo yo, antes de que le de tiempo a terminar la frase le he estampado la lámpara en la cabeza.

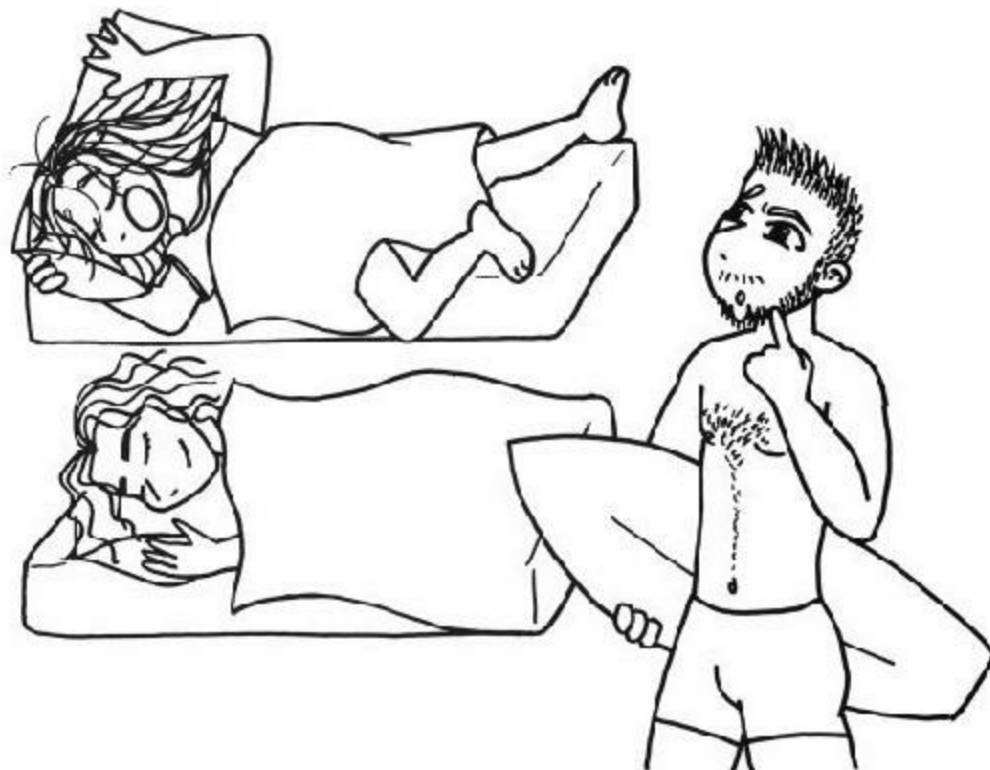
—Eso ya no podremos saberlo nunca porque se nos jodió el plan —dijo Jose—. Lo habíamos venido planeando durante todo el camino, pero al llegar a casa, de repente Alberto se dio cuenta de que Raquel también estaba en la habitación contigo... y le dio un ataque de pánico pensando que el yogurín se pudiera confundir de litera y le echara un polvo a la chica que no era.

—¿Alberto, por favor! ¿En serio pensaste eso? —exclamó Raquel (no tengo clara si indignada o divertida), mientras Alberto bajaba la cabeza un poco avergonzado.

—Jajajajajajaja. ¡Qué animal, el otro! —dije yo—. Como si porque entrara un tío en la habitación en calzoncillos diciendo que te va a echar un polvo, te lo tiraras así, sin más, a la primera de cambio...

—Bueno,—dijo Jose—, tú no te hagas tanto la digna que al final te lo tiraste sin muchos más miramientos...

—Hummmm —respondí, un poco tocada en el orgullo pero sin querer reconocerlo—, puede que yo sí... ¡pero Raquel no!



—Bueno bueno... nunca se sabe —se defendió Alberto—. Es mejor prevenir que curar.

—El caso —prosiguió Jose—, fue que cuando nos dimos cuenta de que estaba Raquel en la habitación hicimos un nuevo plan en el que primero Alberto tenía que subir a la habitación, despertar a Raquel, decirle que bajara al salón con él... y que de esa manera te quedaras sola en la habitación para que, después, cuando el yogurín se vistiera de surfista y subiera a la habitación, ya solo estuvieras tú dentro. Pero Alberto se había puesto tan nervioso que yo creo que ni se enteró de lo que estábamos diciendo... y cuando subió, se lió con el plan y te despertó a ti y bajó contigo en vez de decírselo a Raquel. Bueno... o al menos esa fue la excusa que nos dio, porque yo tengo mis dudas de que te bajara directamente a ti a propósito para que el otro no coincidiera con Raquel ni en las escaleras.

—Jajajajajaja. Ya lo he dicho antes... que más vale prevenir que curar —reconoció Alberto riéndose.

—Ahhhh —dije yo pensativa—. Entonces ahora entiendo que cuando bajé el yogurín no hiciera más que seguir mirando para la parte de arriba de las escaleras, y que cuando le dijisteis que la del cumpleaños era yo me mirara con esa cara entre decepción y sorpresa y dijera que había salido todo fatal y que era un desastre.

—Sí. Aunque también fue un poco cara de alivio porque yo creo que hasta que no te vio, no tuvo claro que fuera todo real, que tu fueras a resultar un engendro... o que en realidad fuéramos unos psicópatas con un plan de hacernos los idiotas muy bien ejecutado.

Parte 8

La noche de Raquel

—La verdad es que yo dudo mucho que alguien se pudiera pensar que os estuvierais haciendo los idiotas a posta y no que en realidad lo fuerais —dijo Raquel—, porque yo estaba oyéndolo todo desde que entrasteis por la puerta de casa y me estaban entrando ganas de bajar y acogotaros uno por uno.

—¿En serio? —pregunté—. Yo no me enteré de nada hasta que Alberto entró en la habitación y empezó a agitarme por los hombros.

—Pues parece increíble porque no podían estar montando más jaleo: se oían todo el rato la risa de Oli y las voces que pegaba Alberto, estaban todos hablando a la vez como en un gallinero y repitiendo lo mismo veinte veces mientras que Jose no paraba de chistarles para que bajaran la voz y no nos despertaran, pero lo decía también en voz súper alta... un teléfono móvil que estaba sonando todo el rato, alguien que no paraba de dar golpes... ¡Prfffff! Estuve por bajar yo a organizarlo todo, no digo más.

—El que decía que bajáramos la voz no era yo —intervino Jose—, era el yogurín. Y el que daba los golpes era Pedrito intentando sacar la tabla de surf del armario.

—Sí —dijo Pedrito—. Eso tampoco lo calculamos bien, porque había mil mierdas ahí metidas. Entre la tabla de planchar, un carro de la compra, el cubo de la fregona... era imposible sacar la puta tabla de surf, que estaba al final del todo. Así que, mientras estaba forcejeando para intentar sacarla y llevársela al yogurín para que pudiera disfrazarse, se me caía todo y le di mil golpes a las paredes.



—Yo no sé lo que estabas haciendo exactamente —dijo Raquel—, pero te pasaste por lo menos cinco minutos tirando cosas y dando golpes sin parar . Yo estaba empezando a cabrearme porque me estabais desvelando y veía que después me iba a costar un montón volver a coger el sueño, así que, cuando encima llegó Alberto a la habitación para despertar a Sandra y ella no le hacía caso mandándolo a la mierda una y otra vez sin intención de bajar con él... casi los mato a los dos.

—Jajajaja —me reí yo—. ¡Y yo que pensaba que estabas dormida y no te estabas enterando de nada!

—¿¿¿Pero cómo iba a estar dormida??? No me dormí ni siquiera cuando os fuisteis, porque me quedé en duermevela y no pude volver a coger bien el sueño. Escuché todo lo que estuvisteis hablando en la escalera, en el salón, las

demencias de estos tres haciendo guardia en el jardín... Prffff. ¿No ves que nuestra habitación está justo encima de todo el meollo? ¡Se oye todo!

—Vamos, que hasta que estos no desmontaron la guardia y se fueron a la cama, no pudiste volver a pegar ojo, ¿no? —le pregunté yo.

—Ni eso —respondió Raquel—, porque cuando Alberto llegó a la habitación le dije algo como: “*Ya era hora, majo... que vaya nochedita que lleváis*”, y al ver que estaba despierta, me dijo: “*Bueno bueno... Es que no sabes lo que hemos hecho*”, y se puso a contarme la historia entera. O sea, que no he podido volver a dormir hasta más de las siete y media, que ha sido cuando Alberto ha terminado de contarme la historia y se ha callado. ¡No sabes la envidia que me estaba dando en ese momento tu hermana y su brillante idea de haberse traído unos tapones para los oídos!

—Por cierto a ver si se despierta ya de una vez... —dije, deseando que se levantara para ponerla también al día de toda la aventura.

—Pues creo que acabo de oírla bajar por la escalera hace un momento —dijo Oli.

Parte 9

La noche de Adri

Cuando mi hermana apareció en el patio, ya lo hizo con un café de la mano, y, lo primero que dijo, fue:

—¡Anda! Cuánto habéis madrugado hoy todos, ¿no? Y eso que yo fui de las que más pronto me acosté, que os dejé en el patio bebiendo y parecíais muy animados. ¿Cómo es que estáis todos en pie? ¿Al final os aburrísteis y os fuísteis a la cama pronto?

Nos dio la risa que la conclusión de mi hermana (aunque aparentemente parecía lógica) no pudiera estar más equivocada... y le contamos toda la historia desde el principio, sin escatimar en detalles, porque aunque lleváramos media mañana a vueltas con ella, es la típica anécdota que gana cuando la repites. Y, aunque al principio estaba medio dormida, cuando terminamos de contársela ya se había espabilado del todo y estaba alucinando:

—¡Jodo! Yo flipo con vosotros. Estáis fatal de la cabeza por las ideas que se os ocurren... ¿en qué momento os pareció buena idea invitar a un desconocido a que viniera a hacerse pasar por un yogurín surfista para echarle un polvo de cumpleaños a Sandra? Pero vamos... que el chico viniera hasta aquí solo... también tiene tela, ¿eh?

—Jajaja, es verdad —asentí yo.

—Aunque tengo que decir que lo más alucinante me parece que al final te lo tirarás, Sandra. Quiero decir que ¿cuántas veces te entran tíos que no te interesan nada de nada y pasas de ellos como de la mierda? ¿O cuántas veces sales de fiesta con intenciones de ligar pero no encuentras ningún tío que te llame la atención en toda la noche? ¡Me parece alucinante que estos te escojan un chico al azar, y justo dé la casualidad de que te guste!

—Ya, la verdad es que tienes razón. No me había dado cuenta de eso. Pero vamos... que el hecho de que al final me lo tirara tampoco me parece la parte más relevante ni más graciosa de la historia.

—¿¿Cómo que no?? Es lo que le da calidad a la historia. La anécdota perdería mucho si al final no te lo hubieras tirado. Es precisamente la guinda del pastel.

—Jajaja. Tiene razón —dijo Pedrito—. Si al final el chico se hubiera marchado sin hacer nada, la historia no tendría ni la mitad de gracia. Precisamente mola más contarle ahora porque sabes que al final sí conseguimos que nuestras andanzas sirvieran para algo.

—Oye Sandra —interrumpió Adri—, y ¿os habéis dado los teléfonos o algo?

—Pues no, porque esta mañana, en cuanto se ha despertado, ha salido pitando y no me ha dado tiempo ni ha decir ni mu.

—Jajajaja —se rió Pedrito—. Este en cuanto se dio cuenta de donde estaba, salió echando patas de aquí, no sea que al final resultásemos ser unos psicópatas y el polvo no le mereciera la pena si mañana aparecía descuartizado en una cuneta.

—Yo creo que todavía tenía grabada a fuego la cara de loco que le puso Jose cuando le quitó de la mano zapatito de la niña, jajajaja —añadió Alberto.

—¿Y no sabes como se llama para buscarlo en Facebook o algo? —preguntó mi hermana ignorando totalmente los comentarios de Pedrito y Alberto.

—No. Solo me dijo el nombre, así que sin los apellidos ni nada, va a ser imposible encontrarlo...

—Ya, hummm —dijo pensativa—. ¡Bueno! Pero si tu libro estaba encima de la mesa y estuvisteis hablando de él un rato, a lo mejor él sí se fijo en tu nombre y puede que te busque él a ti.

—Prffff —resoplé—. No lo tengo nada claro, porque es verdad que estuvimos hablando del libro un buen rato, pero le tenía que repetir cada cosa diez veces porque estaba taaaan borracho que no se acordaba de nada. Así que, sinceramente, dudo mucho de que se acuerde ni de como me llamo.

—A lo mejor de tu nombre no, pero del título del libro seguro que sí. [“No sé si tirarme al tren... o al maquinista”](#) es un nombre que se recuerda fácil.

—Prfff. Yo dudo hasta que esta mañana se acordara de eso, fíjate lo que te digo.

—Jooooo, ¡pues qué pena! —se quejó mi hermana, muy compungida.

—De todas formas tampoco entiendo por qué de repente tienes ese interés en que mantenga el contacto con este chaval —dije un poco extrañada—. Si cada uno nos volvemos ahora a nuestras respectivas ciudades y no creo que volvamos a coincidir en la vida, ni que ninguno de los dos tengamos demasiado interés el uno en el otro como para plantearnos ni siquiera intentarlo, vamos.

—Es que me encantaría que le preguntaras cual es su versión de lo que pasó a lo largo de toda la noche, porque aquí cada uno ha arrojado luz sobre una parte diferente de la historia y molaría mucho saber también la suya.

—Ya, eso sí es verdad. Pero vamos a tener que conformarnos con los

trozos que hemos ido juntando entre nosotros, porque no se me ocurre la manera de dar con este chico y ya te digo que no creo que él tampoco sea capaz de dar conmigo.

—Eso teniendo en cuenta de que tuviera algún interés en volver a saber nada de ti, o de ninguno de de nosotros —intervino Pedrito—. Porque remitiéndome al hecho de que esta mañana haya salido echando patas sin tan siquiera despedirse de ti, no tiene demasiada buena pinta.

—Ya... —dije yo pensativa.

—Seguramente haya creído que estábamos todos locos y haya huido en cuanto se ha dado cuenta de la locura que había hecho al irse con cuatro desconocidos a un chalet perdido en el culo del mundo —añadió Oli.

De nuevo, las conclusiones parecían lógicas pero no podían estar más equivocadas, porque esa misma tarde, cuando volvimos de la playa y estábamos empezando a recoger las cosas (porque al día siguiente por la mañana, teníamos que abandonar la casa temprano y volvernos cada uno a nuestras rutinarias vidas), vi que tenía varios me gusta suyos en las últimas publicaciones en [mi página de Facebook](#).



Parte 10

“Yogurín surfista” returns

Me di cuenta de sus “me gusta” por puro azar, porque como llevaba más de una semana sin haber subido ni una triste foto a las redes sociales, no tenía nada de actividad (evidentemente si no publicas, tampoco tienes ni “likes” ni comentarios ni nada), y por eso me salió de ojo ver cinco “me gusta” seguidos, que en otras circunstancias me hubieran pasado totalmente desapercibidos, mezclados con los del resto de la gente. Además, tuve la suerte de que el chico tuviera puesto su nombre real y una foto suya como foto de perfil, porque si en vez del nombre llega a tener un apodo y en vez de su cara hubiera puesto una foto de su perro, tampoco lo hubiera identificado jamás.

El caso es que, prácticamente nada más ver los “likes” en mis publicaciones, entré en su perfil de Facebook y le pedí amistad... pero no me llegó ninguna confirmación de que la aprobara.

Pedrito no hacía más que decirme que seguro que no la había aceptado porque pensaría que éramos todos unos tarados que estábamos mal de la cabeza, y que ya había tenido bastante dosis de nosotros la noche anterior... y prácticamente todos los demás estaban de acuerdo con él, pero yo confiaba en que no la hubiera aceptado porque lo único que pasara es que no su hubiera vuelto a conectar y no la hubiera visto... porque si se pensara que soy una psicópata tampoco tendría mucho sentido que hubiera estado dándole a “me gusta” a todas mis últimas publicaciones, digo yo.

Pero el hecho es que pasó toda la noche, y no tuvimos ninguna noticia de él.

Al día siguiente por la mañana, nos levantamos muy temprano, terminamos de hacer las maletas y de recoger las pocas cosas que nos quedaban, desayunamos todos juntos por última vez, nos despedimos... y antes de las 10:00 ya estábamos desfilando en ruta por la carretera con el mismo reparto de coches que habíamos hecho con las habitaciones, o sea: Rosa y Jose con la niña pequeña, Oli y Pedrito con mi hermana, y yo con Raquel y Alberto.

Cuando llevábamos ya un par de horas de viaje, me llegó una notificación al móvil avisándome de que: *“Tu solicitud de amistad ha sido aceptada”*. Se lo dije a Raquel y a Alberto y, estando los tres muy emocionados, entré en Facebook rauda y veloz para comprobar si la confirmación de amistad era la del yogurín surfista y no una que tuviera pendiente de hace mil años y que diera la mala casualidad de que me la hubiesen aceptado ahora (que hubiera

sido una cosa muy típica de las leyes de Murphy). Pero cuando entré, vi que efectivamente ¡¡¡el que me había aceptado era el yogurín surfista!!!



No me había dado tiempo ni a pensar qué escribirle, cuando me llegó un mensaje suyo:

—¡¡ Buenas!! Al habla el yogurín. Intenté buscar tu perfil personal pero solo encontré el de [“Treinta y... Diario de una treintañera”](#).

—¡Síííí! Ya lo he visto. Suerte que ahora casi no tengo movimiento y te he identificado rápido, jajaja.

Me faltó tiempo para hacer una captura de pantalla para mandarla al grupo en el que estaban todos mis amigos informándoles de que había aceptado mi petición de amistad. Envié el pantallazo junto con un mensaje que ponía: *“Jajajaja. Al habla el yogurín dice. Me meo, jaja. ¡Qué majo!”*.

Me di cuenta según le dí al botón de enviar que no lo había mandado en el grupo. ¡¡¡SE LO MANDÉ A ÉL!!!

—Ay perdona, jaja. Evidentemente ese mensaje iba para mis amigos —le dije mientras me cagaba en las putas burbujas del chat de Facebook y en su puta madre... y daba las gracias por no haber puesto nada más comprometedor en el mensaje.

—Jajaja, no pasa nada. Me imagino que tus colegas se partirían de la risa con todo esto. ¿Qué te dijeron por la mañana? Porque si por la noche estaban tan emocionados intentando que nos liáramos, me imagino que esta mañana estarían pletóricos al decirles que al final lo habían conseguido.

—Sí, jajajaja. Y no veas qué risas nos echamos después haciendo una recopilación de todo lo que había pasado durante la noche, porque cada uno había vivido una parte de la historia diferente y lo más divertido ha sido ir exponiendo las diferentes partes, una por una, encima de la mesa.

—¿Ah sí? ¿Y qué diferentes historias han contado? Porque, que yo recuerde, estuvimos juntos prácticamente todo el rato.

Le estuve contando (muy resumidamente) las diferentes versiones de cada uno y tuvo que asentir conmigo en que la noche ganaba más todavía cuando conocías la situación desde todos los puntos de vista.

—Ahora solo nos falta saber la tuya —le dije.

—¿La mía?

—Sí. ¡¡¡Tu visión de lo que pasó esa noche!!!

—Pues me temo que no tengo nada nuevo que aportar porque en realidad mi versión está hecha de los trocitos que ya habéis contado el resto...

—Aún así molaría que me contaras como lo viviste tú.

—Pues a ver... Déjame que haga memoria porque fue todo surrealista y además estaba muy borracho y hay partes que casi no recuerdo, o las recuerdo muy borrosas. Aunque de lo que sí que me acuerdo perfectamente es de las caras con la que se acercaron tus amigos a mí en la fiesta de la playa... —y empezó a contarme su versión de la historia.

Parte 11

La noche del yogurín surfista

—Recuerdo que, aunque era tarde, yo acababa de llegar al chiringuito de la playa porque ya se me habían terminado las vacaciones y al día siguiente me marchaba con mi padre temprano por la mañana, así que había estado haciendo la maleta por la noche y salí de casa exclusivamente para despedirme de mis colegas. No hacía ni diez minutos que había llegado cuando de repente veo a dos tíos disfrazados de indios que vienen directos hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, se me plantan delante y me dicen: “¡Hola! Nos ha dicho tu amigo aquel que estás soltero, así que venimos a ofrecerte que le echas un polvo de Feliz Cumpleaños a una amiga nuestra”. Y yo en plan: “¿Perdón? ¿Dónde está la cámara oculta?”. Entonces me empezaron a contar más detalladamente que era el cumpleaños de una amiga que quería que le dieran un pollazo, pero como no lo había conseguido estaba un poco triste, o algo así... y me dijeron que para animarla un poco querían llevarle a un chico vestido de surfista para darle una sorpresa. Y me pareció una broma muy divertida lo de aparecer vestido de surfista y tal... así que les dije que sí.

—Ajá... —asentí, omitiendo decirle que, según la versión de Pedrito, el plan no era “darme una sorpresa” si no “echarme un polvo de cumpleaños” y que no había accedido a ir con ellos hasta que no le enseñaron unas cuantas fotos mías y vio que no era un orco.

—Lo único malo es que hacía solo un momento que acababa de llegar y, como casi no me había dado tiempo a despedirme de mis colegas, quería estar un rato más con ellos... así que les dije a tus amigos que era muy pronto pero que si se esperaban un rato sí que iba con ellos. Como no volví a verlos por la fiesta, al cabo de un rato pensé que habrían encontrado a otro chico al que hubieran convencido y que ya se habrían ido con él a casa para hacer la broma. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al cerrar el garito, empezamos a salir por la puerta y de repente los veo a todos cruzados de brazos esperándome, y uno me dice: “¡Venga tío!, ¡Que llevamos aquí media hora aquí esperándote!”. Mis amigos no me querían dejar ir con ellos porque decían que les parecía todo muy raro y tenían miedo de que me pudiera pasar algo... Y sinceramente yo también tenía mis dudas, pero como ya les había dicho que sí, me daba no se qué dejarlos plantados después de que me llevaran esperando toda la noche, porque a esas horas ya no iban a poder

encontrar a nadie más a quien convencer... así que al final me fui con ellos. Eso sí, antes les prometí a mis amigos que les iría mandando la ubicación cada cinco minutos, para que supieran donde estaba y que seguía vivo.



—Hombre... a mí me parece normal que se preocuparan. Yo también lo habría hecho.

—Recuerdo que el camino hasta la casa se me hizo muy tenso porque, al principio, los tres chicos iban delante sin decir nada mientras que la chica iba detrás conmigo y no hacía más que reírse todo el rato. Pero todo el rato, ¿eh? Solo se reía, me miraba y se reía más. Todavía tengo esa risa aguda grabada en el cerebro. Me estaba poniendo de los nervios y encima mis amigos no hacían más que escribirme todos a la vez para saber qué estaba pasando y yo no sabía ni qué decirles... Así que no hacía más que preguntar que si faltaba mucho para llegar porque el camino se me estaba haciendo eterno.

—Jajaja, no me extraña.

—Menos mal que entonces tu amigo el calvo rompió el silencio diciendo: *“Bueno, ¿y cuando lleguemos a casa cómo lo hacemos para darle la sorpresa a Sandra? ¿Entramos todos en la habitación, con este chaval vestido de surfista y gritamos ¡¡¡Sorpresa!!!?”*. El alto dijo: *“No no, mejor que entre solo el yogurín, que así tienen más intimidad en caso de que se*

caliente la cosa". Y el moreno preguntó: "¿Y cómo lo vamos a vestir de surfista?", y mirándome añadió: "¿No llevarás por casualidad un bañador debajo de los pantalones?". Nos pasamos el resto del camino planificando cómo hacerlo y al final decidimos que lo mejor sería que me quedara en calzoncillos y entrara en la habitación yo solo, con una tabla de surf en la mano, que se supone que teníais en la casa, y te despertara diciendo: "¡Hola! Soy tu yogurín surfista y vengo a echarte un polvo de cumpleaños", o algo así.

—¿Y nadie barajó la opción de que al hacer eso puede que te soltara una hostia?

—No, jajaja. Estábamos tan emocionados planificando los detalles que nadie pensó en eso. Bueno, ni en eso ni en que dormías con la otra chica en la habitación, hasta que se dio cuenta su novio... pero lo pensó cuando ya estábamos dentro de la casa, así que cambiamos el plan y le dijimos que subiera a la habitación a buscarla y bajara con ella para dejarte sola... y así después ya podíamos seguir con el resto del plan tal y como lo habíamos pensado por el camino. Mientras el moreno subió a buscar a su novia, el calvo se fue a buscar la tabla de surf pero no la podía sacar del armario y empezó a dar golpes y a hacer muchísimo ruido.... la otra chica empezó a reírse cada vez más alto... y yo me estaba empezando a cabrear porque estaban haciendo tanto escándalo que me parecía que iban a despertar a todo el vecindario, y no hacía más que decirles: "¡¡¡Tíos, bajad la voz que os vais a cargar la broma!!!". Pero encima mi teléfono también empezó a sonar, porque como llevaba casi diez minutos sin llamar a mis amigos, estaban histéricos por si me hubiera pasado algo.

—Jajajaja. Madre mía, ¡qué cuadro!

—Entonces, vi que el moreno empezó a bajar las escaleras con una tía, que yo pensé que era su novia, cuando de repente me dice: "¡¡¡Mira, es esta!!! ¡¡¡Esta es la chica del cumpleaños!!!"... y me quedé con una cara de gilipollas...

—Jajaja. De eso sí me acuerdo yo. Que no hacías más que decir: "Tío, lo has hecho fatal. Te has cargado la broma"... aunque claro, yo en ese momento no entendía nada.

—Es que es verdad que se cargó completamente la broma. ¡¡¡Tanto esfuerzo para nada!!! Me dieron ganas de matarlo. ¡¡Lo hizo de pena!!

—Él dice que fue porque se puso nervioso y se lió.

—Prffff. ¡Más nervioso estaba yo, que encima me seguía sonando el móvil

todo el rato y no podía quitarle el sonido! ¡No veas qué agobio! Pero total, como la broma ya se había ido al garete, cogí el teléfono. Como llevaba tanto rato sin contestar, rato mis amigos estaban acojonados y me preguntaron veinte veces seguidas si estaba bien, dónde estaba exactamente y me decían que saliera de allí, que me iban a buscar en coche.

—Jajaja, no me extraña.

—Yo estaba tan borracho que ni siquiera recuerdo si, cuando bajaste, ya me había dado tiempo a quedarme en calzoncillos y coger la tabla de surf, o si todavía estaba vestido.

—Estabas vestido. Estuviste vestido todo el rato.

—Ahhh, es verdad, porque recuerdo de que sí llevaba la sudadera puesta cuando tu amigo el alto empezó a llevarnos a empujones al salón y a decir que teníamos que quedarnos ahí por lo menos hasta que yo me bebiera un cubata. Pero yo ya no quería beber más. Recuerdo que me daba un poco de asco hasta oler la copa de lo borracho que estaba ya. Y también me acuerdo de que a pesar que el asco que me daba, intentaba bebérmelo para poder irme, y que tú, que estabas sentada a la otra punta del sofá y que hasta ese momento parecías igual de incómoda que yo, te reías... aunque yo no entendía por qué.



—Jajajaja—me volví a reír, al acordarme de Jose echando J&B con Coca-Cola en aquella copa que a nadie se le había ocurrido preguntar lo que contenía hasta el momento, pero pasé de contárselo porque no quería entretenerlo y quería que me siguiera contando su parte de la historia.

—La verdad es que de todo ese rato lo tengo todo muy confuso. Solo recuerdo que tus amigos estaban emocionadísimos y que yo me sentía muy violento. Era todo súper tenso, sobretodo cuando el moreno dijo que ponía una peli de tiros para que fuera aflojando el gatillo, o algo así y tú le echaste una mirada que casi lo matas. Yo quería salir huyendo de allí lo más rápido posible, pero entonces el calvo dijo que el libro que había encima de la mesa era tuyo, me despertó la curiosidad y me quedé. Empecé a hablar contigo y todo lo que me contabas me parecía muy guay, incluida tú que me parece una tía súper interesante... y ya me quedé.

—¿Yo te parezco interesante? —le pregunté sorprendida, porque jamás me hubiera definido a mí misma como tal cosa.

—Sí. Tienes unas ideas muy inteligentes y parece una tía muy segura de ti misma y de tus ideas. No sé... Por las cosas que me dijiste que cuentas en el

blog y en el libro, creo que hay que tener las cosas muy claras para encajar cualquier tipo de comentario que te hagan sin que te afecte, porque estás muy expuesta... y sin embargo parece que a ti te da exactamente lo mismo. A mí desde luego me parecen una tía muy interesante.

—Uy, pues muchas gracias —dije, un poco abrumada.

—El caso es que, según iba hablando contigo, se me fue pasando el pedo, y cuanto más hablábamos, más cómodo estaba a pesar de lo rara que era la situación en la que nos habíamos conocido... pero aún así me ponía un poco nervioso estar oyendo las risitas de tus amigos desde el jardín todo el rato. Pero cuando por fin se marcharon a dormir ya me relajé del todo... y pensé: *“De perdidos, al río. Total, hemos venido a jugar, ¿no?”*, y el resto, pues... ya lo sabes.

—Jajaja. ¡Y yo que pensaba que te había parecido una loca y te habías acojonado y que no querías volver a saber nada de mí en la vida!

—¿Por qué pensabas eso?

—Hombre, pues porque esta mañana saliste corriendo sin despedirte siquiera.

—¡¡¡Ah, tía, es verdad, perdona!!! Eso fue porque cuando miré el móvil vi que eran las nueve de la mañana y tenía doce llamadas perdidas de mi padre y un montón de whatsapps preguntándome dónde estaba, porque había quedado con él para irnos a las ocho y media y todavía no había aparecido por casa. Y lo peor es que encima cuando salí a las tres de la mañana para ir a despedirme de mis amigos me advirtió cuatro veces: *“¡Pero mañana estate aquí a las ocho y media! No llegues tarde, que nos conocemos, ¿eh? ¡Que como llegues tarde te juro que te dejo en tierra y te vuelves a casa en bus o como puedas buscarte la vida!”*. Por eso casi me dio un infarto y salí de allí pitando... porque pensé que se iba a largar sin mí o que cuando llegara me iba a matar.



—¿Y qué pasó cuando llegaste? ¿Todavía estaba?

—Sí, pero tenía un cabreo de cojones... así que le tuve que contar toda la historia para que entendiera por qué había llegado tan tarde...

—¿¿¿En serio se lo contaste???

—Sí, jajaja. Y le costó creérselo, pero luego se meaba de la risa.

—Jajajaja. No me extraña... Fue todo surrealista.

—Sí. De hecho es tan absurda que se la he contado esta mañana a unos amigos míos con los que he quedado a tomar unas cañas, y no se han creído nada, a pesar de saber que yo nunca me invento las historias porque no soy ningún fantasma. Es una pena, porque seguramente sea una de las historias más divertidas que me han pasado en la vida... pero soy consciente de que me la voy a tener que quedar para mí aunque no quiera, porque por mucho que la cuente, nadie se la va a creer jamás.

Sobre la autora

Sandra Broa



Zamorana de nacimiento y vallisoletana de adopción, la pasión de Sandra por la lectura comenzó a una edad muy temprana. Sin embargo, no comenzó a escribir hasta bastante más tarde, cuando a la edad de treinta años se quedó soltera tras una larga relación estable. Y es que, cuando Sandra volvió a la soltería, pensaba que afrontaría esta nueva etapa con madurez y tranquilidad, pero no tardó mucho en darse cuenta de que, en cuestión de amores, se siguen haciendo las mismas tonterías con treinta años que con quince.

A pesar de que todo el mundo diga que los hombres son muy simples, Sandra y sus amigas tenían la sensación de que se iban encontrando a los

chicos más complicados y más raros del mundo, tanto en el terreno sentimental como en el sexual. Porque, aunque en las novelas y en el cine, todo es bonito y poético cuando los protagonistas tienen sexo, en la vida real muchas veces te lo pasas mejor contándoles a tus amigas el desastre de polvo que has echado el día antes, que el rato que has estado a ello... y, en ocasiones, incluso tardas bastante más en hacerlo. Por eso se animó a crear un blog en el que compartir sus experiencias, para que las mujeres que estuvieran pasando por algo parecido no se sintieran tan raras.

Su blog "[Treinta y... Diario de una treintañera](#)" acaparó rápidamente la atención del público siendo elegido "Mejor blog personal" en los Premios Bitácoras en el año 2013 y propuesto como "Mejor blog de humor" en el año 2014.

Este galardón fue el empujón definitivo para que Sandra decidiera saltar del medio digital al papel impreso.

Libros publicados



En el 2015 Sandra publicó su primer libro **“No sé si tirarme al tren... o al maquinista”**: una novela en forma de diario, que conserva el toque fresco y descarado característico de la autora y que se situó entre los puestos de los más vendidos de Amazon la primera semana de su lanzamiento, llegando a ser el libro más vendido de Amazon España durante septiembre del 2016.

Tres años más tarde se publicaría su segundo libro, continuación del anterior y que lleva el título **“Se me pasa el arroz... pero no el conejo”**.

Ambos libros se pueden comprar en papel en la tienda de la autora (www.treintay.com/tienda) donde se pueden pedir dedicados sin coste adicional, o a través de Amazon, donde están disponibles tanto en formato digital como en papel.

Redes sociales



[treintay](#)



[@treintay](#)



[@treintay_com](#)

[www.treintay.com](#)